

CUADERNOS

CEU-CEFAS | CENTRO DE ESTUDIOS, FORMACIÓN Y ANÁLISIS SOCIAL

CUADERNO 11 | primavera de 2025

Verdades que cuentan

Colaboración de:

Jaime MAYOR OREJA

Higinio MARÍN

José Francisco SERRANO OCEJA

David CERDÁ

Gonzalo FIGAR DE LACALLE

Rod DREHER

Javier MARTÍNEZ-FRESNEDA



CEU - CEFAS

*Centro de Estudios, Formación
y Análisis Social*

CUADERNOS

CEU-CEFAS | CENTRO DE ESTUDIOS, FORMACIÓN Y ANÁLISIS SOCIAL

CUADERNO 11 | primavera 2025

ISSN: 3020-1594
ISSN-E: 2952-1386

Fundados en 2022,
los *Cuadernos CEU-CEFAS*
se publican cuatro veces al año.

Las opiniones expuestas en
los trabajos publicados son
de la responsabilidad exclusiva
de sus autores.

© Todos los derechos reservados.

CEU-CEFAS tiene por
objetivo la promoción de
los principios inspiradores
fundamentales de la Doctrina
Social de la Iglesia en los
ámbitos cultural y político,
mediante la realización
de cursos, congresos y
publicaciones. CEU-CEFAS
aspira a constituirse en un
lugar de referencia y encuentro
para debatir, reflexionar,
formar, difundir e investigar
en el ámbito de las ideas para
mejorar la sociedad.

www.cefes.ceu.es

CEU-CEFAS
Calle Tutor, 35
28008 Madrid | España
Teléfono: (+34) 91 514 05 77
cefes@ceu.es

Distribución gratuita
Depósito legal: M-28413-2022
ISSN: 3020-1594
ISSN-e: 2952-1386
Maquetación: CEU Ediciones
Impresión: Imedisa Artes
Graficas S.L.U.
Impreso en España

Publica: CEU Ediciones
Calle Julián Romea, 18
28003 Madrid | España
Teléfono: (+34) 91 514 05 73
ceuediciones@ceu.es

El CEU es una obra de la
Asociación Católica de
Propagandistas.

La Fundación Universitaria
San Pablo CEU es una entidad
inscrita en el Registro de
Fundaciones con el nº 60 /
CIF (G-28423275).

Consejo Editorial de CEU-CEFAS

Alfonso BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, *Presidente*

Elio A. GALLEGO GARCÍA, *Director Académico*

Rémi BRAGUE

Alfredo CRUZ PRADOS

Alvino-Mario FANTINI

María del Carmen FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA CANTERO

Gregorio IZQUIERDO LLANES

Consuelo MARTÍNEZ-SICLUNA Y SEPÚLVEDA

Jerónimo MOLINA CANO

Jaime NOGUEIRA PINTO

Benigno PENDÁS GARCÍA

José Antonio PÉREZ RAMOS

Carlos RODRÍGUEZ BRAUN

Manuel Alejandro RODRÍGUEZ DE LA PEÑA

Jorge SOLEY CLIMENT

Pablo VELASCO QUINTANA

Índice

Presentación

Jaime MAYOR OREJA

9

¿Qué es la verdad? Ideología y libertad

Higinio MARÍN

15

Lo que nos pasa con la verdad... también en el periodismo

José Francisco SERRANO OCEJA

39

La verdad en nuestras vidas

David CERDÁ

59

Verdades que cuentan en la comunicación

Gonzalo FIGAR DE LACALLE

75

Evangelizar en tiempos sin verdades absolutas

Rod DREHER

103

Conclusiones del Congreso «Verdades que cuentan»

Javier MARTÍNEZ-FRESNEDA

127

Presentación

Jaime MAYOR OREJA

EL prólogo de este documento sobre la verdad, fruto de unas jornadas y un esfuerzo compartido por CEFAS y la Fundación NEOS, constituye para mí un motivo de profunda alegría, por el nivel de los ponentes, –a quienes acompañé en aquel acto– y por la trascendencia de la cuestión escogida. 9

La crisis de la verdad constituye la mejor síntesis de la crisis de comodidad, de la transición que viven las sociedades occidentales. La posverdad, los relatos, siempre en plural, constituyen una media verdad que es la peor de las mentiras.

Los relatos tienen como objetivo minusvalorar y despreciar el valor de la verdad. Lo que sucede es que, como el propio uso del concepto «valores», la utilización y el manoseo de la verdad dificultan su indispensable enaltecimiento. Quienes

10 más mienten suelen utilizar más que nadie el concepto de la verdad, transformándolo en una media verdad y construyendo un relato.

Los que creemos en una verdad absoluta tenemos una obligación mayor que nadie de buscar la verdad en los hechos de este mundo. La razón es obvia, no podemos ni debemos relativizar la verdad. Hay que buscarla en los hechos que vivimos cotidianamente, porque existe. Cada hecho posee una verdad, pero también es susceptible de ser desvirtuado por una mentira. Las opiniones respecto de los hechos, por supuesto que permiten interpretaciones diferentes. Pero en cada hecho de esta vida hay una verdad y una mentira.

Este prólogo pretende confirmar que este debate no es simplemente teórico, sino que tiene una aplicación práctica en el ámbito público cotidiano.

En España, la mentira, la utilización de la mentira, adquiere una singular gravedad por una razón muy sencilla de comprender. El crimen, el terrorismo, ha constituido un elemento determinante en nuestros casi cincuenta años de democracia. No solo ha sido una amenaza, como en el resto de los países occidentales.

La crisis de la verdad ha significado en España el reemplazo del crimen por la mentira, desde la opacidad de un proceso que se ha escondido.

Hoy vivimos la mentira que se ha convertido en hábito, costumbre, necesidad por quienes nos gobiernan. Como en el juego de la oca; de oca a oca y tiro porque me toca. Lo mismo con la mentira; una mentira exige siempre otra mentira. La mentira conlleva siempre su multiplicación. Pero vayamos a un ejemplo que la actualidad nos exige.

Cualquier observador objetivo se da cuenta de esta multiplicación a la hora de asociar la mentira con la Historia o la mentira con la democracia.

La Historia, su conocimiento, constituye una herramienta, un instrumento indispensable para acertar en el futuro y al mismo tiempo para unir, sumar, especialmente en una nación como la española, que se ha caracterizado en los dos últimos siglos por una tendencia recurrente a la confrontación entre españoles.

La Historia constituye una ciencia social, una disciplina que, en la búsqueda de la verdad, debe tener siempre la capacidad

12 de unir y cohesionar una sociedad y que exige un mayor y mejor conocimiento a quienes no somos historiadores.

La memoria es, de acuerdo con San Agustín, una de las tres facultades del alma junto con la inteligencia y la voluntad.

Pero cuando desde la maldad, buscando la ruptura y la confrontación, asociamos y unimos la memoria a la historia, a través de la Ley de la Memoria Histórica, esta se transforma en una imposición, en una expresión de intolerancia, en la obligación de tener una sola interpretación, siempre sesgada, de los hechos.

La asociación de dos buenas y necesarias disciplinas culmina en una mentira, en una maldad, porque en el fondo de estos se encuentra la voluntad de mantener y amplificar una confrontación entre españoles. Sucede lo mismo cuando asociamos la memoria con la democracia, esto es, la Ley de Memoria Democrática, que culmina en otra media verdad, la peor de las mentiras.

La democracia no puede adjetivar y calificar la memoria. Memoria, por supuesto que sí, pero solo memoria. Democracia sí, pero solo democracia. La expresión más sofisticada

de las mentiras es el intento de la reinención de la historia, la reinención de España, desde la voluntad de la revancha y de la vendetta.

Esta reinención «vengativa» es radicalmente contraria tanto a la historia lejana, –en la que padecemos desde el exterior una leyenda negra, basada en la mentira–, como a nuestra historia reciente, inmediata, a la naturaleza de la Transición, desde el propio interior de España. Una vez más, tratan de que la mentira prevalezca sobre la verdad.

España ha padecido injustamente la leyenda negra, a partir del momento de nuestra llegada al continente americano, por los que se consideraban nuestros enemigos con el objetivo de liquidar nuestro papel en la historia.

La prevalencia de un relato interesado y perverso, reemplazando a la verdad, nos ha acomplexado injustamente durante siglos, nos encerró en nosotros mismos y al final nos enfrentó a unos españoles contra otros.

No aceptemos otra leyenda, otro relato, otra mentira, porque ello significaría un profundo daño a nuestra nación: España. En este caso, los adversarios operan en el interior, a través

14 de movimientos de liberación nacional, con la finalidad de que no compartamos un futuro común.

Ni leyenda negra de la historia ni mucho menos una leyenda negra para nuestro presente, porque hipotecarán nuestro futuro. La mentira no puede aceptarse como un mal menor que reemplaza el mal mayor, que significa el crimen. Ni el crimen ni la mentira pueden ser pilares, cimientos, que edifiquen nuestro futuro.

La asociación del crimen del pasado con la mentira del presente en modo alguno puede determinar el futuro de España.

¿Qué es la verdad? Ideología y libertad

Higinio MARÍN

ME gustaría organizar mi reflexión sobre la verdad en cuatro partes, todas ellas breves y, ciertamente, fuera del espacio acostumbrado de una teoría del conocimiento o noseología. Ese planteamiento –si se quiere, esa excentricidad– forma parte del modo de indagar acerca de la verdad, así como de la respuesta que quiero sugerir, por modesta que sea. 15

En primer lugar, me propongo hacer un esbozo de historia filosófica y cultural sobre la crisis de la verdad en Occidente remontándonos apenas a sus últimos momentos; en segundo término, abordaremos la crucial relación entre la verdad y la libertad que se propone, pues si ambas dimensiones no comparecen con sus correlaciones resultan muy difíciles de comprender para nosotros; en tercer lugar, plantearemos qué son las ideologías y por qué son una forma particular de

16 crisis de la realidad como el entorno epistémico y cultural en el que nos movemos; y en última instancia, apenas una mención sobre los resortes antropológicos que superan la dinámica centrípeta de crisis de la verdad y las dificultades en las que estamos.

Comprenderán que tanto el título como los objetivos que nos proponemos son de todo punto excesivos para la ocasión que nos reúne. No obstante, no voy a convertir ese exceso en escapatoria para no arriesgar una mirada a la cuestión *qué es la verdad*.

Consideraciones en torno a la crisis de la verdad

Si se acude a los manuales de filosofía o se le pregunta a un historiador de las ideas sobre la crisis de la verdad y se le pide alguna referencia, es probable que haga alusión a Hume o al empirismo, que le dirija en torno a los siglos XVII y XVIII, e incluso puede remitirle a menciones previas sobre la crisis voluntarista de la escolástica tardía con Scotto y Ockham. Todo lo cual sería solo un prolegómeno respecto al autor que encarna, en la historia de las ideas y de la cultura occidental, la gran crisis de la verdad en el sentido más influyente, que es Kant.

Como es de sobra sabido, Kant es tenido por el autor que pone en tela de juicio el conocimiento humano y, por tanto, la capacidad de acceder a la verdad pues, según sugiere, conocemos según nuestro modo de conocer que no se ajusta con lo conocido, o mejor, que lo ajusta produciéndolo. En realidad, lo que conocemos es lo que nuestro propio modo de conocer acuña y termina perfilando como cognoscible según nuestras capacidades cognoscitivas. Así que al conocer comparece lo cognoscible que no es propiamente la verdad, sino nuestra prefiguración de lo conocido; prefiguración en la que quedamos varados sin poder llegar al fondo de la realidad, o mejor, a lo que las cosas son en sí mismas consideradas y su verdad.

Entre las interpretaciones de Kant no falta la propuesta de que esta especie de encapsulamiento del conocimiento, por la que solo conocemos lo que somos capaces de conocer, habría sido la forma con la que Kant –que era un puritano pietista– pretendía defender la fe de las arremetidas que el racionalismo ilustrado y las dificultades que las nuevas ciencias que surgían empezaban a plantear. La estrategia que habría utilizado para defender la fe habría sido sacarla del alcance del conocimiento, es decir, afirmar que el conocimiento no alcanza a aquello de lo que la fe lo es en

18 puridad, pues conocer sería sólo un modo de prefiguración de sus objetos. Esta interpretación, que es poco admitida entre los historiadores de la filosofía, resulta, sin embargo, una traducción muy exacta de la división entre fe y razón que preconiza Lutero, y supondría una encarnación filosófica de la imposibilidad de síntesis entre razón y fe en tanto que dos espacios sin mutua permeabilidad. Todo ello contra la tesis tradicional y clásica de la cristiandad europea de que la fe es *razonable* y de que la razón puede encontrar síntesis con la fe. Casi todas las síntesis de la tradición occidental se dialectizan en la modernidad, y lo hacen, en particular, a partir de los planteamientos teológicos de Lutero, de todo lo cual sería una buena expresión esta oposición kantiana entre conocimiento y fe mediante la inaccesibilidad cognitiva de la verdad.

Obviamente, no se trata de abordar el pensamiento kantiano con detalle, sino de apreciar el esquema de que lo que hacemos está condicionado por estructuras *a priori* que nos condicionan, y que dicho planteamiento es ampliable a toda acción –ya se trate del conocer o de cualquier clase de operación humana–, que estaría prefigurada por sus antecedentes condicionantes. De hecho, dicho esquema tendrá reverberaciones y reiteraciones sin fin en la posterior historia de las ideas europeas. A partir de ese momento, se ha entendido

que lo que hacemos propiamente, aunque queramos protagonizarlo, no lo hacemos sino como ejecución de estructuras condicionantes de orden socio-histórico (Dilthey), o que lo que hacemos y decimos no es más que la ejecución de las posibilidades contenidas en las estructuras lógico lingüísticas del lenguaje, cuya fusión con el orden sociohistórico son los idiomas. De esta manera, el pensamiento occidental se habría dedicado desde Kant a mostrar con profusión todas las dimensiones de la experiencia, del conocimiento y de la existencia humana, que aunque creemos ejecutar según el modo de ser de la realidad, operan en realidad desde las estructuras *a priori* del conocimiento, del lenguaje, del psiquismo cognitivo y pulsional o de la época sociohistórica.

También Marx a este respecto sería una reverberación kantiana, porque cuando sostiene que lo que un sujeto piensa no es lo que piensa *ese sujeto*, sino que en él piensan los intereses de la clase a la que pertenece según su posición en las relaciones de producción, está reduciendo el pensamiento a unas condiciones *a priori* que actúan en y desde los sujetos, pero que éstos no protagonizan por sí y desde sí. A ese respecto, lo único que ha modificado la propuesta marxista son las estructuras *a priori* del conocimiento que lo determinan y que ahora son socioeconómicas. De esta

20 manera, lo que se sugiere es que el conocimiento tiene un cierto carácter determinado, al menos en el sentido de que responde a una *mecánica* causal y determinante.

Ideología como crisis de la verdad

Cuando este esquema se deposita de la mano de Marx y de Engels, en que lo que los sujetos piensan no es lo que realmente piensan aunque lo crean así, sino la expresión de los intereses de la clase a la que los sujetos pertenecen, entonces, a eso que piensan se le puede empezar a llamar *ideología*, o, al menos, eso es lo que les propongo que hagamos. De esta manera, todo lo que sea negación del carácter ideológico del conocimiento significa que tales sujetos forman parte de una clase favorecida, cuyo estatus de favor es el efecto del sometimiento y la explotación, o, al menos, el aprovechamiento a costa de otras clases. Aquí no hay verdad, porque todo pensamiento expresa los intereses de una clase, pero donde no hay verdad para Marx todavía cabe la justicia. La justicia es la que puede mostrar la legitimidad moral de los intereses de las clases desposeídas, sometidas, masacradas, sojuzgadas por las favorecidas. Para Marx, todo pensamiento sería ideológico, pero el de las clases favorecidas se caracteriza

por la pretensión de que hay verdad, cuando más bien se trata solamente de formas particulares para el predominio social de intereses en colisión con otros. La defensa de la verdad sería un rasgo de la ideología de las clases dominantes cuya inmadurez crítica en el mejor de los casos, o su mala voluntad en el peor, ocultan que todo es ideología, ya se trate de la que defiende los intereses de los poderosos o de los desposeídos.

Así pues, cuando las clases favorecidas llegan a la idea de que sus intereses se tienen que alinear con los de las clases desfavorecidas, se habrán emancipado de esa ideología de dominación mediante una conversión no menos ideológica a la defensa de los intereses de los desposeídos. Además, en correlación con la naturaleza ideológica del conocimiento, Marx posiciona como agente emancipador al Estado –y, por tanto, la ideología emancipadora es estatalista– porque si efectivamente no hay verdad, lo que sí hay es poder cuyo centro civil e histórico son los estados. Los estados son los únicos agentes capaces de favorecer los intereses de las clases desposeídas frente a los intereses de las clases afortunadas. Esta naturaleza ideológica de todo pensamiento, también el filosófico, en correlación con el estado como espacio institucional emancipador, persiste incluso en autores en los que

22 se producen las síntesis freudiano-marxistas como Marcuse, o las revisiones del marxismo económico como Gramsci.

Desde esta perspectiva, en el orden histórico político la diferencia entre la socialdemocracia y el socialismo totalitario sería la resignación con la que las socialdemocracias abandonan la aspiración a la realización consumada –al paraíso proletario– en el orden histórico fáctico de las sociedades humanas. Es, pues, necesario resignarse a que esté continuamente abierta la posibilidad de la regresión, lo que en el orden político supone que los partidos burgueses pueden ganar porque se renuncia a su eliminación, si bien siguen siendo la encarnación de los intereses de clase contrarios a los desposeídos, es decir, el mal; pero un mal no suprimible, o lo que es lo mismo, tolerado en un régimen de alternancias políticas: la democracia.

Así que las ideologías no son una mera posición en el juego de las diferencias políticas. O mejor, pensar así es típico de una visión de la realidad que escamotea su naturaleza ideológica, sin percibir –o, sencillamente, negándolo por sus propios intereses– que es la expresión de una posición favorecida, es decir, de una posición precisa en las relaciones de producción y distribución de bienes de naturaleza económica. Los sujetos

en y mediante el conjunto de nuestras creencias, incluidos los afectos y prejuicios más atávicos, no hacemos más que dar expresión a unas prefiguraciones económicas que nos poseen, tanto al menos –y con la misma antecendencia– que las estructuras *a priori* del conocimiento de Kant.

El Estado, la emancipación y la verdad

Hay una diferencia crucial entre las estructuras *a priori* del conocimiento según Kant y los intereses de clase y su expresión en el orden social: de los primeros no cabe liberación, mientras que de los segundos no solo cabe pensar en revoluciones emancipatorias, sino que es posible establecer ese horizonte emancipatorio como el fin del Estado mismo como poder social, y esa es nuestra situación. Es necesario, pues, poner especial atención en saber cuáles son esas estructuras de las que tenemos que ser liberados. Para empezar, toda clase de pasado y su pervivencia o transmisión como herencia en cualquiera de sus formas: tradiciones morales y religiosas, patrimonios genéticos o económicos, estructuras lógico semánticas impresas en el lenguaje desde posiciones de poder. Así que el Estado se encuentra, por ejemplo, con un sujeto dualizado sexualmente, lo que establece una

24 diferencia originaria entre sus ciudadanos, pero de la que cabe liberarlos suspendiendo la genética como irrelevante para el establecimiento del *género*. Si el sexo procede de la genética, el *género* es el orden emancipado por el Estado que hace capaces a sus ciudadanos de darse a sí mismos no solo su orientación, sino su propio género. Así el ciudadano ante el Estado queda liberado de la condición de mamífero que predetermina nuestra sexualidad, y lo instituye libre. De esta manera, el Estado hace el *abracadabra* (en arameo: hecho lo dicho) por el que los signos producen lo que significan y se convierten en la instancia y el agente que nos libera de todo antecedente condicionante: la biología no es destino, y lo personal se hace político. Así que para las ideologías emancipatorias la condición mamífera se puede suspender en favor de la igualdad que anula las diferencias ominosas entre el hombre y la mujer, el adulto y el niño.

El Estado convierte nuestra libertad en capaz de ponerse a salvo de cualquier clase de pasado, porque cualquier estructura de la acción es pasado, y por eso el futurismo emancipatorio tiene al Estado como el agente y la sede del poder que hace efectiva la *autopoiesis* o autocreación del sujeto. En este contexto la verdad es impertinente, lo que existe es la igualdad. Pero no hay otro criterio para saber lo que es

la justicia sino a través de la desigualdad. Desde este punto de vista, por ejemplo, las ideologías emancipatorias afirman que los presos están en la cárcel porque el sistema social los desestructura y, por consiguiente, actúan desestructuradamente –o si se quiere, *enajenados*– y están en la cárcel porque son las verdaderas víctimas del sistema. Mientras que quienes están fuera son más bien cómplices del sistema desestructurado del que se benefician. El estatalismo y la verdad no son reconciliables. Esta es la lógica revolucionaria que guía la historia cultural y política de Europa desde el siglo XVIII, y cuyo impulso no parece que vaya a encontrar oposición efectiva hasta que se agote a sí misma. En nuestra época no hay otro acontecimiento como este; vivimos en un estado ideológico, y quienes lo estimamos críticamente somos el elemento recesivo y tóxico.

La ideología convierte todo en ideología o, dicho de otra manera, convierte toda la realidad en política. Las ideologías nos ponen en un campo de juego en el que la verdad es sencillamente impertinente. La ideología da por supuesto que cualquier otro modo de ver las cosas es también de naturaleza ideológica, es decir, que toda concepción de la realidad expresa y favorece los intereses de quienes las sostienen. Así que entre todas las posiciones ideológicas la

26 legítima es aquella que defiende los intereses de los desposeídos. De ahí la pretendida superioridad moral e intelectual del progresismo; y de ahí también que la buena voluntad de los sujetos que defienden otras posiciones, en el caso de que sea posible, solo puede derivar de la inconsciencia. Por el contrario, el progresismo es la ideología autoconsciente, o mejor, la autoconciencia de que toda posición es ideológica convertida en ideología de la buena conciencia. En el fondo, para ellos la justicia tampoco existe; a la justicia le sustituye la igualdad porque no existe la justicia de suyo, sino lo que hay es injusticia relativa, es decir, desigualdad. La igualdad se vuelve la meta.

La fuente de la crisis de la libertad

Interesa ahora sumar a lo dicho una propuesta ya sugerida sobre el origen de todos estos modos de pensar, a saber, que el autor que inicia esta genealogía de las ideas europeas es Lutero en sus tesis sobre *De servo arbitrio*. Cuando el predicador dice que el pecado nos ha dejado irredimiblemente torcidos, lo que está diciendo es que toda acción humana es pecaminosa de suyo, porque hay una estructura *a priori* que la tuerce inevitablemente, y que esta estructura *a priori* es

de naturaleza teológica, el pecado. Y cuando, en oposición a Lutero, Erasmo escribe *De libero arbitrio*, sostiene que, aunque hay una inclinación al pecado que surge del propio pecado original, se trata de una inclinación pero no de una determinación y que, por tanto, la acción humana no está fijada en una dirección. De donde se sigue que las estructuras *a priori* no son por sí solas justificativas de lo que el sujeto hace. Este asunto es determinante para la historia de Europa porque, a mi juicio, Kant no es el origen de las estructuras *a priori* determinantes de la acción humana, sino que el autor de referencia al respecto es Lutero, y que ya con él se da la transferencia de la tesis de teología política a la filosofía política que pone la violencia fratricida como origen. No hay filosofía sin una dimensión teológica anexa, y este es un asunto que hemos aprendido gracias a la modernidad.

Como es sabido, lo anterior implica para Lutero que el hombre está condenado de suyo y que apenas puede hacer nada para evitar esa condenación, salvo ser gratuita y misericordiosamente liberado de la perdición. De esta manera aparecen las formas destinales del cristianismo. Todo lo cual, si bien puede parecer mera teología, en realidad está inserto en las concepciones europeas de la libertad y del conocimiento. Así que a todo lo dicho hay ahora que agregar que es con

28 Lutero como se hace visible que la crisis de la verdad es desde su origen una crisis de la libertad, y que las discusiones de naturaleza noseológica, si bien son oportunas, no se sitúan del todo en el fondo originario del problema.

Llegados a este punto, cabe ya plantear que la reflexión sobre qué es la verdad no puede resolverse finalmente en el orden de las indagaciones noseológicas, y que requiere una metafísica del hombre como agente libre, o, si se quiere, una ontología de la libertad. El problema de la verdad no se dirime ni exclusiva ni decisivamente en la teoría del conocimiento, sino que se requiere una teoría de la libertad, o sea de la reflexión sobre si las estructuras *a priori* son o no determinantes de las acciones humanas. La suerte que corre la verdad y la suerte que corre la libertad son paralelas desde un punto de vista filosófico, pero también creo que esta suerte común –o consorcio– se cumple en el orden histórico político, no por azar sino porque tienen el mismo origen y la misma naturaleza, pero para llegar a este punto hemos de avanzar en la exposición.

Antes hay que precisar, aunque sea someramente, qué quiero sugerir que se gana al respecto de la verdad en la modernidad. Aunque tengo muy pocas afinidades con los desarrollos

y planteamientos filosóficos de Descartes, creo que en este punto es obligado reconocer el aporte que supuso su obra. Como es sabido, Descartes sustituye el inicio de la filosofía por una cautela metodológica que es la duda. Pero la única razón que él podía aducir para que el principio metódico de la filosofía fuese la duda era una determinada posición de la voluntad, la desconfianza en la tradición y en el conocimiento mismo en tanto que no metódicamente certificado. Lo que interesa de este asunto es que, precisamente por el planteamiento cartesiano, nos hemos dado cuenta de que donde Descartes ponía la duda, casi toda la tradición filosófica occidental había puesto la confianza, o, si se quiere, la admiración. De ese modo, Descartes nos mostró que el conocimiento no se sigue solo de la acción de nuestra inteligencia, de que lo que somos capaces de conocer y de cómo somos capaces de conocerlo; se sigue también de una posición de la libertad. Dicho de otro modo, que los modos de conocer (*modus cognoscendi*) tienen un ámbito de prefiguración en los *modus vivendi*. El conocimiento no es ni puede ser completamente ajeno a las formas de vivir y de estructurar la propia existencia que abren cauces a los cursos probables que toma la inteligencia sin determinarlos. En el origen del conocimiento no solo está la razón, sino también la libertad. Obviamente, esto era también así antes

30 de Descartes, pero no habíamos reparado en que la accesibilidad de lo real por el conocimiento humano requería una confianza –como posición vital y de la libertad– en el origen. Cuando Platón y Aristóteles dijeron que el conocimiento comenzaba con la admiración, habían supuesto un acto de confianza original, espontáneo si se quiere, en el sentido de que la inteligencia se expresa conociendo y dando por supuesto que conoce. Pero esa confianza tras la conciencia moderna de las correlaciones entre conocimiento y libertad se ha tornado ingenua, o bien requiere de justificación y de una indagación sobre las condiciones necesarias para tomar la admiración como inicio del conocimiento.

Los modus vivendi como habilitaciones del conocimiento

De manera que la afirmación de que existe la verdad y que la inteligencia es capaz de hacerse cargo y conocerla, no puede simplemente edificarse desde la posición de Platón y Aristóteles, porque después de la duda y la sospecha (y su afirmación de que toda realidad tiene un origen encubierto), el socavamiento de la confianza requiere de una indagación geológica más profunda de los supuestos del conocimiento. El inicio de la filosofía y del conocimiento humano ya no es

abordable meramente en términos de una admiración que desatiende sus supuestos, así que requiere ser restaurada, respuesta y justificada: la libertad está en el principio del conocimiento tanto como el conocimiento está en el principio de la libertad, y esta coprincipialidad es un descubrimiento moderno. Puede decirse de otra forma: toda posición del conocimiento, ya sea en el orden de la reflexión filosófica o de la conciencia vital, tiene una naturaleza hermenéutica, es decir, implica una orientación de la libertad; y dicha orientación surge y consiste en los *modus vivendi*, se expresa y realiza en los *modus operandi* y en los *modus cognoscendi*. Dichos *modus* que son modos de la libertad, sin constituir estructuras *a priori* determinantes del conocimiento, sí contienen –consisten en– las orientaciones de la libertad que expresan y realizan –*inventan*, en sentido etimológico– posibilidades contenidas en las posiciones existenciales de los sujetos, es decir, en los campos y horizontes de sentido en que consisten.

Obviamente, la duda o la sospecha también expresarían y darían forma a posiciones y marcos de sentido, que, en este caso, requieren la afirmación de que el conocimiento no lo es propiamente y tampoco la libertad, pues ambos derivarían de estructuras *a priori* determinantes. Así que la

32 sospecha misma sería una posición tan determinada como las otras, pero consciente de su propia naturaleza determinada, y –aunque no lo admitieran sus defensores– por eso mismo reveladora de que en el origen no todo es determinación *a priori*. Ciertamente, desde la sospecha como autoconciencia de las estructuras *a priori* como formas de determinación del conocimiento y la acción, puede postularse que la civilización se originó en un parricidio y que los hijos se sumaron para matar al padre, que lo divino son proyecciones hiperbólicas de los deseos del hombre, que las sociedades políticas se originan en la violencia fratricida, que la culpa de la conciencia surge en el deseo incestuoso, que la propiedad es la forma en que la violencia abusiva se realiza, que la familia es la estructura de dominio masculino sobre la mujer y la prole, que la moral es el resentimiento de los débiles o que el lenguaje nace de la mentira y el disimulo y sus estructuras lógico-semánticas expresan las posiciones de poder. Y todos esos postulados y muchos otros pueden configurar un nuevo orden de lo que tiene sentido y de lo que no lo tiene, de lo cuerdo y de lo delirante con vigencia epocal. Tal es nuestro caso.

Ahora bien, la sospecha como método debería aplicarse al hecho mismo de que la sospecha sea una posición vital determinada, es decir, debería indagar sobre el origen de la

sospecha misma como posición de la conciencia, entre otras razones, porque no puede quedar a salvo de sí misma. En tal caso, tal vez determinadas configuraciones de la existencia o *modus vivendi* podrían comparecer como principales u originantes de la sospecha como posición cognoscitiva, tal y como se ha propuesto también para la admiración. Pero mientras que la admiración se puede aplicar como principio a la admiración misma, no ocurre así con la sospecha: la admiración supone una confianza que, ciertamente, refiere en última instancia a un supuesto radical, a saber, la naturaleza onto-lógica de la realidad cuya inteligibilidad se corresponde con las formas del conocimiento del hombre. Pero ese supuesto es también un hecho admirable y de ahí se siguen indagaciones para la justificación de la admiración que no implican de suyo su desautorización. Por el contrario, si a la sospecha se le aplica la sospecha es la sospecha misma la que queda en entredicho, y lo que puede surgir es la confianza como alternativa –incluso la admiración–, porque cabe al menos pensar que no hay nada que merezca más desconfianza que la desconfianza sistemática como punto de partida. Si se afirma que la sospecha es lo primero y que el punto de partida frente a todo es sospechar, la sospecha misma queda afectada. En cambio, la admiración no colapsa una vez expuesta a la admiración, mientras que por su

34 naturaleza negativa la crítica, la sospecha y la duda sí quedan en precario expuestas a sí mismas. De ahí no se sigue que sean puntos de vista sin rendimientos estimables y hasta imprescindibles, sino simplemente que no tienen consistencia justificada como principal perspectiva cognitiva, es decir, como método y posición original del conocimiento.

Consideraciones finales

Para terminar estas sucintas reflexiones, nos podríamos preguntar si hay algún acto humano que refute el carácter determinante de las condiciones *a priori* de la acción. Es decir, cabe preguntarse si hay alguna acción que verifique por sí misma la existencia de la libertad en tanto que implica una suspensión del poder determinante de sus condiciones *a priori*. Tendría que tratarse de una acción del todo y completamente injustificable desde sus antecedentes. En esa dirección, el perdón aparece como el acto que es la exhibición más colosal de que los antecedentes no son suficientes para explicar la acción de un sujeto y, por ello, muestra al sujeto como capaz de hacer algo libre en tanto que capaz de hacer las cosas desde sí como principio, y no solo desde las condiciones previas, incluso aquellas sin cuyo concurso no

habría llegado a ser capaz, como son la especie y el linaje con su patrimonio genético, cultural, lingüístico, e incluso los que constituyen su época o su «clase», por así decir. Y si ese sujeto es capaz de hacerse valer como origen de su acción en y mediante todos esos condicionamientos constituyentes, entonces ese sujeto no solo es capaz en tanto que libre, sino que es también capaz de alcanzar la verdad, de considerar la realidad en sí misma, de suyo y al margen de los propios intereses, sean de la naturaleza que sean, fisiológicos, sociales, económicos, de poder. Yo creo que ese acto es el perdón. No hay ninguna razón para que la víctima le otorgue el perdón al ofensor, sino que más bien se dan todas las razones para que no lo haga... ¿por qué perdonar al sujeto cuya voluntad de hacerme daño está ahí latiendo?

Ahora bien, ¿el perdón es un acto humano? La tradición judía sugiere que perdonar solo puede hacerlo Dios (que Jesús dijera que perdonaba los pecados fue una de las pruebas en su contra), y hay algo de verdad observable en la experiencia humana al respecto. No cabe pensar en términos humanos que todo puede ser perdonado, y si cupiera afirmarlo remitiría a una cierta conexión entre un horizonte teológico y la plausibilidad biográfico existencial de la libertad. La afirmación de la posibilidad del perdón requiere al

36 menos la confianza en la posibilidad de los hombres de tener conductas libérrimamente gratuitas. Si somos capaces de perdonar, entonces somos capaces de actos genuinamente originales que suspenden las condiciones previas, los *a priori* necesarios del perdón: que se es víctima de un daño libremente causado y libremente capaz de cancelar su vigencia como deuda. Y que esa capacidad se ejerce en y mediante las determinaciones históricas culturales o morales o de clase, en y mediante las cuales el ser humano también es capaz de hacer surgir una libérrima gratuidad tanto en términos cognitivos como en términos libres.

Una última pregunta: ¿hay algún hábito o disposición previo al perdón que lo anticipe? Sí, la gratitud. De hecho, el perdón es algo así como una gratitud contrafáctica, es decir, una gratitud benigna ante el daño padecido. Por su parte, el hombre agradecido reconoce que todo lo que posee no es suyo, pero erige y configura un yo que para afirmarse a sí mismo no necesita negar lo recibido, sino que se lo apropia sin negar su origen sino afirmándolo como una deuda feliz. De esta manera, el sujeto se sobrepone a las condiciones previas afirmándose sin negar la deuda con esas condiciones que le configuran, y todo mediante un acto libre y estrictamente gratuito, aunque al tiempo que debido, precisamente como

el reconocimiento de la feliz deuda que inaugura nuestra libertad. Ahí está la matriz antropológica y existencial de una teoría del conocimiento y de una teoría de la libertad, y también de las ideologías que son capaces de salirse del ámbito de las ideologías, es decir, del pensar determinado por sus condiciones previas. 37

Lo que nos pasa con la verdad... también en el periodismo

José Francisco SERRANO OCEJA

Reflexiones de contexto

LA definición de verdad por la que apostamos ahora cotiza a la baja. ¿Qué ha pasado? Hay quien dice que la historia de la verdad en el siglo xx es traumática, como traumáticas son algunas consecuencias de lo políticamente correcto. 39

Partamos de Auschwitz, el punto crítico de lo que significaba la modernidad, realidad y metáfora. Los filósofos no supieron prever la tragedia, es más, habían sentado las bases para que no se pudiera producir. Algunos decían: llevamos miles de años hablando de la verdad, hemos progresado en nuestra comprensión de la verdad y con lo que nos encontramos es con la Shoah, una barbarie inimaginable, una maldad obscena. Leamos a Primo Levi, por ejemplo. Hay quien dijo que después de Auschwitz no se podía creer en Dios. Tampoco se podía creer en la verdad, por tanto.

40 Por cierto que el impacto de lo que hizo el nacionalsocialismo no parece que haya sido tanto como el del comunismo en el ámbito del pensamiento y de la cultura. Cosas de la propaganda.

Añadían los filósofos post-Auschwitz: algo hemos hecho mal cuando el camino que se inició en Grecia ha terminado en los campos de concentración, en la ideología de la superioridad de la raza, en la aniquilación del pueblo judío.

En vez de ser autocríticos y pensar que en los últimos kilómetros de ese camino habíamos equivocado el destino, y los compañeros de camino nos habían confundido, lo que hicieron algunos filósofos es asociar dos ideas y afirmar, a bombo y platillo, que la concepción tradicional de la verdad nos está llevando de forma natural al fundamentalismo, a la violencia y, en definitiva, a la barbarie.

No se plantean otra relación que está en la base de lo políticamente correcto: haber abandonado la concepción de la verdad, en las ideologías totalitarias, nos lleva a esa barbarie. Son las ideologías que no respetan la verdad, la realidad de la persona, la naturaleza de lo humano, las que han enseñado el camino del totalitarismo.

El siguiente paso es claro: si sostengo la concepción de la verdad y soy capaz de afirmar que conozco la realidad, si estoy demasiado convencido de que conozco la verdad, tenderé a imponérsela a los demás al considerar que están equivocados y que sus acciones pueden traernos consecuencias desastrosas. Por lo tanto, me convertiré en un fundamentalista, porque considero que los otros están equivocados, viven en el error. No les respetaré suficientemente y propenderá a imponerles mi visión del mundo. O eso es al menos lo que piensan esos filósofos a los que nos hemos referido antes.

¿Conocen a G. B. Vattimo? Este autor, del que podría hablarles largo y tendido (no sólo sobre la perspectiva de su biografía personal), denomina lo que les acabo de contar «el principio de reducción de la violencia». Diría algo así: si la verdad nos ha llevado al dogmatismo, si los dogmas han secuestrado la verdad, si las afirmaciones categóricas se han impuesto como verdad, si todo esto nos lleva al fundamentalismo y a la violencia, en último extremo, en la medida en que desarrollamos oficialmente ese proceso, entonces lo que hay que hacer es ir a la causa y suprimirla.

Es decir, si consigo debilitar el concepto de verdad, la pretensión de verdad, la noción de verdad, la praxis en la verdad,

42 debilito el dogmatismo, el fundamentalismo, y el origen de no poca violencia personal y social.

El europeo posmoderno asocia sin más «creencia en verdades objetivas, absolutos, etc.» con «intolerancia». «Las convicciones sobre la verdad absoluta son esencialmente violentas», ha escrito Herbert Schnädelbach. Da por supuesto que si alguien cree firmemente en algo se sentirá obligado a imponerlo coactivamente a los demás. Romper esa falsa ecuación me parece una de las tareas culturales más urgentes del momento actual.

Claro está que si hago eso, ¿en qué terreno de juego me quedo? ¿Dónde me instalo? Como el vacío tiende a llenarse siempre, tengo que sustituir esa pretensión del hombre por tener, por hacer que exista él y su realidad con otra propuesta, que les anticipo está en la base cognitiva y social de lo políticamente correcto.

Lo políticamente correcto debilita la verdad hasta diluirla y se convierte así en alternativa acreditada de una nueva formulación de la verdad basada, entre otros factores, en el emotivismo y el relativismo. Pensemos que si decimos adiós a la verdad, lo que aparece es la posverdad. ¿Alguien

se cree que con la posverdad viene una vida lograda, una vida buena, una vida plena?

43

Richard Rorty formuló de forma precisa el principio epistemológico del posmodernismo: «La verdad no está allá fuera». Estamos en una época en la que no podemos formular la verdad de un discurso –¿políticamente correcto?– en función de la realidad, de lo que se denomina lo objetivo. ¿Qué criterio vamos a utilizar si el viejo criterio de lo externo ya no nos vale?

Pues aquí aparecen en escena los cuatro jinetes del apocalipsis, permítanme esta expresión: el desprestigio del pensamiento racional, el relativismo, el emotivismo y el pragmatismo. No dejan de decirnos que las grandes verdades sobre el hombre y la mujer, sobre el mundo, constituyen opciones subjetivas, preferencias emocionales, intereses particulares en pos de un beneficio particular, que suele relacionarse con una forma de poder o identidades artificiales. La verdad acaba siendo «aquello que quiero que sea verdad», por no decir «aquello que quien tiene poder para decir que es verdad nosotros repetimos que es verdad». Una creencia, una convicción, es buena si satisface un deseo; la verdad depende de la ética y la ética del sentimiento. La verdad se define en función de un interés que me satisface.

44 Pero déjenme decir algo más sobre la cuestión del criterio eterno. Si la verdad no está fuera, está dentro, se interioriza, se subjetiviza. Al final, la verdad se identifica con aquello que yo quiero que sea verdad. La verdad se mercantiliza, se convierte en un objeto de consumo. Esa verdad, en vez interpelarme, me masajea. Podríamos hablar, por ejemplo, del mundo de Twitter, de aquellos a los que sigo y por qué les sigo. Y así se van conformando unanimidades en torno a mí. Demasiada unanimidad suele ser sospechosa. Y si hablamos de unanimidades, ay de aquel que se convierta en un disidente.

En este punto voy a hacer un discurso sobre un fenómeno psicosocial que me parece prioritario: «la suspensión voluntaria de la incredulidad» o lo que los norteamericanos denominan la *willing suspensión of disbelief*. Un concepto que describe una realidad básica en las narrativas audiovisuales y de ficción. Lograr la «suspensión de la incredulidad» de los espectadores, o de los lectores, es uno de los objetivos de los guionistas. Una magia que permite al lector entrar en el mundo posible propuesto y no plantear objeciones ni primeras, ni segundas, ni terceras. El espectador olvida sus reticencias y no plantea dudas. ¿No nos ha pasado esto alguna vez con una serie de ficción?

Dicen que el primero que utilizó la expresión fue el poeta Samuel Taylor Coleridge en 1917 en su *Biografía literaria*. Julia Kristeva habla del «carácter terapéutico» de esta experiencia, que nos ayuda a superar la angustia contemporánea. El punto esencial es la verosimilitud, de la que Aristóteles dice en la *Poética* que consiste en que «una imposibilidad probable es preferible a una posibilidad improbable». El tema ya no es la verdad, sino la apariencia de verdad. No es que sea verdad, sino que lo parezca o que aparezca como tal. ¿Acaso no es esto también lo políticamente correcto?

Y no les digo nada si ese mundo de ficción en el que vivimos no pocas veces lo eligen los algoritmos, esas fórmulas matemáticas capaces de predecir nuestras decisiones y de adelantarse a lo que queremos o a lo que vamos a hacer. Los algoritmos de lo políticamente correcto.

La verdad en la comunicación y en el periodismo

Algo está pasando con la verdad cuando según el programa N-Gram de Google, en el cambio de milenio, la palabra «verdad» se usaba sólo una tercera parte de lo que se utilizaba hace ciento cincuenta años.

46 Definir la verdad antes era sencillo. Aristóteles decía al respecto algo así como que:

Decir de lo que es, que no es,
o de lo que no es, que es, es falso.
Mientras que decir que lo que es, es,
Y lo que no es, no es, es verdadero.

Quizá nuestro problema no consista primordialmente en qué significa la verdad, sino en cómo se establece la verdad y quién lo hace. Leonardo Polo decía que la verdad tiene difícil sustituto.

Últimamente, escribir o hablar sobre medios de comunicación y periodismo obliga a citar a Ryszard Kapuscinski. Vaya, pues, la cita:

En la segunda mitad del siglo xx, especialmente en los últimos años con la revolución de la electrónica y de la comunicación, el mundo de los negocios descubre de repente que la verdad no es importante, y que ni siquiera la lucha política es importante: que lo que cuenta en la información es el espectáculo. Y, una vez que hemos creado la información-

espectáculo, podemos vender esa información en cualquier parte. Cuanto más espectacular es la información, más dinero podemos ganar con ella.

47

El cinismo de las nuevas concepciones de la verdad lo expresó nítidamente Neetzan Zimmerman, ex empleado de Gawker como especialista en historias virales de elevado tráfico. Escribió: «Hoy en día no es importante si una noticia es real –dijo en 2014–. Lo único que importa de verdad es si la gente clica». Los hechos, sugirió, han terminado; son una reliquia de la era de la prensa de papel, cuando los lectores no tenían elección. Y dijo: «Si una persona no comparte una noticia, en esencia es que no es una noticia».

Vayamos a un caso histórico. Un lunes por la mañana de un no muy lejano mes de septiembre, Gran Bretaña se despertó con una noticia depravada. El primer ministro, David Cameron, había cometido un «acto obscuro con la cabeza de un cerdo muerto», según el *Daily Mail*: «Un distinguido discípulo de Oxford afirma que Cameron participó en una atroz ceremonia de iniciación con un cerdo muerto en un evento en Piers Gaveston», decía el periódico. Piers Gaveston es el nombre de un licencioso club gastronómico de la Universidad de Oxford. Los autores de la noticia afirmaban

48 que su fuente era un parlamentario que decía que había visto pruebas fotográficas: «Su extraordinaria insinuación es que el futuro primer ministro introdujo una parte íntima de su anatomía en el animal».

La noticia, tomada de una nueva biografía de Cameron, despertó un inmediato furor. Era vulgar, era una gran oportunidad para humillar a un primer ministro elitista, y muchos percibieron que sonaba verosímil para un exmiembro del célebre Bullingdon Club. Al cabo de unos minutos, #Piggate y #Hameron eran tendencia en Twitter e incluso relevantes políticos se sumaron a la fiesta: Nicola Sturgeon dijo que las acusaciones habían «entretenido al país entero», mientras que Paddy Ashdown bromeó con que Cameron estaba «acaparando los titulares».

Después, tras un día entero de cachondeo en Internet, sucedió algo sorprendente. Isabel Oakeshott, la periodista del Daily Mail que había coescrito la biografía con Lord Ashcroft, un millonario hombre de negocios, fue a la tele y admitió que no sabía si su noticia bomba era verdad.

Cuando la presionaron para que mostrara pruebas de su sensacionalista afirmación, Oakeshott reconoció que no tenía ninguna: «No pudimos llegar al fondo de las afirmaciones de

esa fuente», dijo en *Channel 4 News*. «Así que informamos de lo que esa fuente nos dio [...]. No decimos si creemos o no que sea verdad».

En otras palabras, no había pruebas de que el primer ministro británico hubiera «insertado una parte íntima de su anatomía» en la boca de un cerdo muerto, una noticia recogida en docenas de periódicos y repetida en millones de tuits y actualizaciones de Facebook, que mucha gente probablemente considera aún hoy verdaderos.

Oakeshott fue más allá para deshacerse de toda responsabilidad periodística: «Depende de otra gente decidir si le dan credibilidad o no», dijo. Por supuesto, no era la primera ocasión en que se publicaban afirmaciones estrafalarias con pruebas endebles, pero esa era una defensa singularmente desvergonzada. Parecía que los periodistas ya no tenían la obligación de creer que sus noticias eran ciertas ni, al parecer, tenían que aportar pruebas. Es cosa del lector –que ni siquiera conoce la identidad de la fuente– decidirse. Pero ¿basándose en qué? ¿El instinto, la intuición, el estado de ánimo?

Si un hecho se parece a lo que tú piensas que es verdad, se hace difícil diferenciar lo que es cierto y lo que no. Cuando

50 un hecho empieza a parecerse a lo que tú crees que es verdad, se vuelve muy difícil para cualquiera advertir la diferencia entre hechos que son ciertos y «hechos» que no lo son.

Durante los 500 años posteriores a Gutenberg, la forma dominante de información fue la página impresa: el conocimiento se transmitía básicamente en un formato fijo que animaba a los lectores a creer en verdades estables y asentadas.

Ahora estamos atrapados en una serie de confusas batallas entre fuerzas opuestas: entre la verdad y la falsedad, el hecho y el rumor, la amabilidad y la crueldad; entre los pocos y los muchos; entre los conectados y los alienados; entre la plataforma abierta de la web como sus arquitectos la concibieron y los jardines cerrados de Facebook y otras redes sociales; entre el público informado y la muchedumbre equivocada.

Lo que estas luchas tienen en común –y lo que hace que sea urgente resolverlas– es que todas implican un decreciente estatus para la verdad. Esto no significa que no haya verdades. Significa solamente que no podemos acordar sobre cuáles son esas verdades. Y cuando no hay consenso sobre la verdad ni manera posible de alcanzarlo, el caos no tarda en llegar.

Cada vez más lo que pasa por ser un hecho es solamente un punto de vista que alguien siente que es verdad, y la tecnología ha hecho muy fácil que esos «hechos» circulen con una velocidad y un alcance que era inimaginable en la era de Gutenberg (o hace apenas una década). Una historia dudosa sobre Cameron y un cerdo aparece en un tabloide una mañana y a mediodía ha inundado el mundo a través de las redes sociales y ha aparecido en las fuentes de información fiables de todas partes. Puede parecer poca cosa, pero sus consecuencias son enormes.

Durante los 500 años después de Gutenberg, la página impresa animaba a creer en verdades estables. «La verdad –como escribieron Peter Chippindale y Chris Horrie en *Stick It Up Your Punter!*, su historia del periódico *Sun*– es una afirmación sencilla que cada periódico publica por su cuenta y riesgo».

Normalmente, sobre cada tema hay varias verdades en conflicto, pero en la era de la imprenta las palabras en una página fijaban las cosas, fueran ciertas o no. La información parecía verdad, al menos hasta que el día siguiente trajera una actualización o una corrección, y todos compartíamos una serie común de hechos.

52 Esta «verdad» establecida normalmente se administraba desde arriba: una verdad establecida, con frecuencia fijada en su lugar por un *establishment*. Este acuerdo no carecía de fallos: buena parte de la prensa con frecuencia mostraba sesgos hacia lo establecido y deferencia hacia la autoridad, y era extraordinariamente difícil para la gente común enfrentarse al poder de la prensa. Ahora la gente desconfía mucho de lo que se le presenta como un hecho –especialmente si los hechos son incómodos o discordantes con sus propias ideas–, y aunque parte de esa desconfianza es un error, otra parte no lo es.

En la era digital es más fácil que nunca publicar información falsa que se comparte y es tomada por verdad rápidamente, como con frecuencia vemos en situaciones de emergencia, cuando las noticias se dan en tiempo real.

Corolario

Lo dicho está relacionado con lo que ahora se denomina –y este es otro elemento clave en la relación entre persuasión, percepción y verdad– la «economía de la atención». En el universo social de las redes, pasamos demasiado tiempo a

cambio del servicio que recibimos. Los algoritmos dedicados a captar la atención son intrusivos, hacen que nuestros datos de comportamientos actuales sean reflejo de nuestros datos de comportamientos pasados. La economía de la atención digital es una redefinición que no está basada precisamente en la libertad.

La cultura de lo ya sabido es propia de lo que se denomina «posmodernidad», por cierto. Una posmodernidad en lo que lo nuevo adquiere formas no de utopías, este era el capítulo de la modernidad, sino de distopías. Véanse, por favor, las series de ficción de más éxito.

La caracterización sustantiva del periodismo está relacionada con dos referencias: el conocimiento de la realidad social relevante y su personalización en los procesos narrativos. Verdad e historia, como marco de la acción humana intencional, son los dos ejes sobre los que pivota la sustancia del periodismo como forma de comunicación. Habrá periodismo mientras se sostenga firme el proceso de la transmisión del conocimiento de la realidad social relevante y se mantenga la capacidad persuasiva a través de la narración de historias que son vida.

54 El hecho de la aparición y generalización del *fact-checking*, incluso sus formas de desarrollo institucional en la creación de medios específicos para esta tarea, supone un serio aviso a la propia naturaleza de los medios y a su función social. Representan una claudicación de una de las labores básicas del periodista y de la conformación de sus rutinas profesionales. Habrá que esperar a la consolidación de estos mecanismos, y a su aplicación no solo al periodismo sino a los contenidos prescriptores sobre personas e instituciones en el universo de las redes, para darnos cuenta de que se está produciendo una trasposición funcional del periodismo hacia los sistemas del *fact-checking*, que, además, están contribuyendo a desarrollar programas de inteligencia artificial en búsqueda de la coherencia entre el relato y la realidad personal y social.

El universo del *fact-checking* representa una nueva oportunidad para la verdad en el periodismo y en la comunicación. Una respuesta adecuada a un sistema en el que, si un hecho se parece a lo que tú piensas que es verdad, se hace difícil diferenciar lo que es cierto y lo que no. Cuando un hecho empieza a parecerse a lo que tú crees que es verdad, se vuelve muy difícil para cualquiera advertir la diferencia entre hechos que son ciertos y «hechos» que no lo son.

No son pocos los autores que argumentan que la objetividad ha sufrido una «mala digestión intelectual», dando lugar a concepciones desfiguradas de la objetividad, a enfermedades que dificultan la defensa de este valor esencial del periodismo.

Si el profesional debe aplicar a la información recabada de las fuentes una sólida y exigente disciplina, no será sino para corroborar la verdad de lo que se dispone a publicar. Pero no siempre el periodismo ha estado persuadido de la posibilidad de alcanzar esa verdad periodística. Negar la existencia de una verdad periodística alcanzable invalida todo esfuerzo por sostener teóricamente el carácter distintivo del periodismo. Desde luego hace insostenible la fundamentación de la objetividad apoyada en la disciplina de la verificación: si no hay una verdad alcanzable, no es posible una verificación y lo acontecido se vuelve inverificable. Todo se vuelve opinión o interpretación subjetiva, visión personal de lo acontecido.

Durante años, la objetividad ha sido defendida y ensalzada como valor diferenciador de la actividad informativa periodística, aquello que otorgaba un carácter propio al periodismo, el toque distintivo frente a otras formas de relato (novela, propaganda, publicidad, etc.). Sin embargo, algo parece haber zarandeado estos cimientos y, así, el edificio

56 ha empezado a tambalearse, hasta el punto de que ya pocos parecen defender con convicción la objetividad. Y lo que es más grave, la verdad.

ARENDRT, H. (1974). *La condición humana*, Barcelona: Seix Barral.

ARISTÓTELES (2014): *Retórica*, Madrid: Alianza Editorial.

CARR, N. (2011). *Superficiales ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?*, Madrid: Taurus.

ELÍAS, C. y TEIRA, D. (Coords.) (2022). *Manual de periodismo y verificación de noticias en la era de las Fake News*, Madrid: UNED.

GALDÓN, G. (2001). *Desinformación: Método, aspectos y soluciones*, Pamplona: EUNSA.

JARVIS, J. (2015). *El fin de los medios de comunicación de masas*, Barcelona: Gestión 2000.

MCCOMBS, M. (2006). *Estableciendo la agenda: el impacto de los medios en la opinión pública y en el conocimiento*. Barcelona: Paidós.

MONTAGUT, A. (2021). *Reset. Cómo concluir la revolución digital en el periodismo*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.

58 SCHUTZ, A. (1970). *On Phenomenology and Social relations*, Chicago: University of Chicago Press.

ZANOTTI, C. (2011). *Conocimiento versus información: algunas ideas dispersas para una epistemología de la Escuela Austriaca de Economía*, Madrid: Unión Editorial.

La verdad en nuestras vidas

David CERDÁ

LA relación del ser humano con la verdad ha sido siempre problemática; sucede lo mismo en nuestros días, en los que, teniendo tantas herramientas para desentrañar nuestro mundo, seguimos enzarzados en multitud de asuntos esenciales como determinar si son galgos o son podencos, y más cuando se contempla este asunto, el de la verdad, como algo arcano y académico que en última instancia no nos afecta. 59

Nada más lejos de la verdad, valga la redundancia: la verdad tiene un extraordinario impacto en nuestras vidas.

Qué es la verdad y cómo se desarrolla un pensamiento crítico

Es chocante, aunque en función del *Zeitgeist* no sea extraño, que haya tantas personas adultas en nuestro país, incluso

60 bien formadas, que se encojan de hombros ante la pregunta «¿qué es la verdad?». Más aún: se ha llegado a considerar de buen tono, y un signo de preparación y de fidelidad, resoplar ante la dificultad de la cuestión planteada, y hasta adoptar cierta pose cínica que da a entender que la verdad, en definitiva, no existe. Si no es extraño es porque hace mucho que hemos eviscerado la educación reglada de esta pregunta, y también porque el relativismo se ha enseñoreado desde hace al menos medio siglo en nuestras sociedades libres. Si es chocante es porque la verdad es cosa bien sencilla, tanto que la define sucinta y atinadamente el DRAE (primera acepción): «Conformidad de las cosas con el concepto que de ellas forma la mente». O sea, llamamos «verdad» a una *cualidad* –esto es fundamental– de los juicios que quiere decir «adecuación a la realidad». Cualquier cosa que afirmamos, en nuestra mente, de viva voz o por escrito, y siempre que represente un juicio sobre el mundo, contiene tanta verdad conforme se adecue a la realidad de ese mundo.

Siendo algo tan decisivo la verdad, de cuya comprensión básica depende nuestra instalación en el mundo, el éxito de nuestros proyectos de toda índole y nuestra capacidad para vivir con los ojos abiertos, inquieta sobremanera que la gran mayoría de los jóvenes de nuestro país no hayan sido

instruidos en sus principios. No es ya que la filosofía haya sido, de facto, erradicada de los planes de estudios; es que ni el instrumental básico de eso de lo que tanto se habla y por lo que nada se hace, el «pensamiento crítico», se entrega a nuestros jóvenes, abandonados a su suerte en lo que a la verdad respecta. El proyecto posmoderno se ha manifestado una y otra vez como radicalmente relativista; en ese afán suyo de producir fluidez y adaptabilidad a un mundo cambiante que es también labilidad en todo por intereses políticos y comerciales, se ha entendido desde el poder que hace falta mucha gente que no se ande con remilgos críticos y esté dispuesta a adoptar el rol que se le asigne. En la penúltima tropelía (siempre es la penúltima) cometida contra la educación de este país, la LOMLOE, menciona hasta en diez ocasiones el «espíritu crítico», sin que en ningún momento se concrete qué se hará para *enseñarlo* (que no «promoverlo»); y esta intención de gritar y luego no hacer nada a fe que se ha cumplido.

Para pensar críticamente –esto es, para estar capacitado para buscar la verdad– hacen falta, uno, amplios conocimientos, y dos, herramientas específicas para esa búsqueda. En este segundo caso hablamos de lógica, dialéctica, retórica y cognición y epistemología a nivel fundamental. Veamos cada

62 una de esas cinco partes evitando tecnicismos para que estos planos sean accesibles a todo el mundo y, sobre todo, para entender por qué esa materia es crucial y podríamos suministrarla, si hubiera voluntad, antes de la mayoría de edad.

Si hemos de aprender lógica elemental es para ser capaces, en el ámbito individual, de juzgar la corrección de las proposiciones. Más allá de la lógica formal, hablamos de argumentación. Se trata de ser capaces de descomponer el pensamiento propio y ajeno en premisas y conclusiones y aprender a pesar estos componentes y comprobar si las inferencias son buenas y por lo tanto las conclusiones son sólidas. Se trata, en definitiva, de poder levantar un edificio argumental propio y saber evaluar uno ajeno. A ello contribuye decisivamente haber pasado por unos cuantos grandes textos argumentales, pues solo a partir de esa experiencia somos capaces de inferir cuáles son las mejores estructuras y los mejores materiales.

En cuanto a la dialéctica, nos referimos a la capacidad de entablar una conversación provechosa, una que signifique una búsqueda *cooperativa* de la verdad. Aquí no hace falta mucho para alcanzar un nivel que hoy, sometidos como estamos a tantos pseudodiálogos (y al bochornoso ejemplo

de las tertulias televisivas y del Congreso de los Diputados, si se me permite el pleonasma), puede resultar impactante; basta interiorizar una ética de la conversación y entender las reglas básicas del debate. Importa añadir aquí que cambiar de un modo dialéctico de batalla, cuyo objetivo es plasmar una superioridad, a uno cooperativo, cuyo fin es aprender y avanzar, cambia organizaciones, sociedades y, por supuesto, vidas.

La retórica, a diferencia de lo que sostiene su enfoque comercial, es mucho más que comunicación persuasiva: es el gozoso deber de ofrecer una oportunidad de belleza a la verdad. Ciertamente tiene una fuerza interna y descomunal; pero es nuestra obligación, para combatir la falsedad y la mentira, aprender a expresar esa verdad del modo más claro, atractivo y elevado posible. Como arte, es seguramente un empeño que toma una vida. Pero sus rudimentos, y ante todo nuestra responsabilidad al respecto, pueden transmitirse y asumirse sin demasiado esfuerzo.

Finalmente, cognición y epistemología a nivel fundamental. Son ambos saberes complejos, campos de estudio enjundiosos. Pero sus aspectos básicos, aquello que todo individuo y por consiguiente ciudadano debe saber para conducirse con capacidad suficiente, no son complicados. Saber cómo

64 funciona nuestro cerebro en cuanto al conocer y cuáles son los límites y condicionantes de ese conocimiento; ¿cómo hemos permitido que nuestros compatriotas lleguen vírgenes de esto, no sólo a la formación profesional o la universidad, sino pasadas estas etapas? Haremos todo el camino de nuestra vida con esos cerebros y sólo podremos escapar de errores gruesos si conocemos las fronteras y obstáculos –sesgos, prejuicios, etcétera– del saber.

Para poner medida a todo lo anterior y que nadie se asuste, concretemos: bastaría una asignatura de cuarto de la ESO con sus tres trimestres para situar, en cuanto a este pensamiento crítico, a nuestros jóvenes en un nivel equivalente al actual percentil noventa en su población representativa.

Por qué hemos de amar la verdad

He recogido todo lo que concierne a la verdad en nuestras vidas, a sus porqués y sus cómo en *El dilema de Neo* (Madrid: Rialp, 2024). Allí llamo *lucidez* a un compromiso vital e irrenunciable con la verdad que induce a la acción. Ser lúcido es amar la verdad y tener el coraje de llegar a dondequiera que ese amor te lleve. No obstante, ese amor a la

verdad no puede ser axiomático ni darse por supuesto: ha de poder explicarse, es decir, motivarse. Sintetizaré a continuación los ocho motivos que me parecen principales para amar la verdad.

Puesto que somos el único ser que decide, la verdad nos hace falta. Decidimos porque no estamos terminados; estamos en el mundo desencajados, como diría Nietzsche. Como explica en su fábula Pico della Mirandola (*Oratio de hominis dignitate*) y constatan las ciencias, estamos a medio hacer y es consustancial a nuestra naturaleza pasar nuestras vidas tomando decisiones. Decidir no es ninguna broma. Decidir es dudar, equivocarse, arrepentirse, nadar en la incertidumbre, rectificar. La libertad es eso; precisamente por ignorarlo, para muchos es en cambio una carga. Imagínese el lector afrontar la tarea de decidir sin descanso sin procurarnos la verdad, esto es, sin aproximar a la realidad nuestros juicios y los de los demás. Quien se aparte de la realidad en sus teorías y argumentos es obvio que tiene menos opciones de que le salga bien lo de decidir.

El ser que sabe que muere –pocas cosas de las decisivas humanas se explican sin apelar a nuestra mortalidad– quiere que su vida merezca la pena. Nos sabemos finitos, y esta

66 conciencia de estar abocados al cieno nos incita a vivir con los ojos abiertos. Todo el reino de lo vivo se preserva; excepto el ser humano, que existe. De ahí deriva el afán de que nuestra vida sea significativa, y la razón de que con balancear placeres y dolores no nos alcance. La lucidez es una bocanada de aire frío que nos despierta, un desfibrilador existencial: si vamos a morir, lo razonable es vivir de verdad y en la verdad.

Amamos la verdad porque es bella; lo falso es feo. En sus *Cartas sobre la educación estética de la humanidad*, nos alienta Schiller: «Educa la verdad victoriosa en el silencio pudoroso de tu espíritu, proyéctala en la belleza para que el pensamiento le rinda homenaje y los sentidos acojan su aparición con amor». A esto hemos de orientarnos si queremos que nuestras vidas sean buenas. Los mentirosos son feos por dentro: la verdad es orden, proporción; belleza, saber es hermoso, e ignorar voluntariamente es bárbaro y espantoso. Cuando te acostumbras a vivir entre verdades, rehúyes, con sana repugnancia, lo falso.

Somos nuestro carácter; la verdad refuerza las vigas que sostienen ese edificio que somos. Nuestro carácter es un proyecto personal sustentado en el autoconocimiento y el conocimiento del mundo y los otros. La forja del carácter

—qué verbo tan apropiado y juicioso— es una aventura que sólo puede salir bien desde la verdad. Quien no sabe qué es real no puede llegar a ningún buen puerto; y es por aluminosis en los edificios llamados «bien» y «verdad» que muchas personas sufren problemas que llamamos de «salud mental», porque nos tranquiliza medicalizar la aventura del carácter para exonerarnos de ella. Claro que hay personas que padecen dolencias específicamente psíquicas, por así decirlo; pero es fácil entender cuántos acuden al psicólogo a causa de una relación torcida con la realidad.

Hay un deseo importantísimo del que no suele hablarse: el deseo de saber. Cuando hablamos de deseos, nos referimos en la inmensa mayoría de los casos al deseo sexual. En la música que goza de más popularidad es todavía más evidente: deseo es igual a sexo. Pero hay más deseos y bastante más importantes, en cuanto a la medida en que fundan nuestra vida. El deseo de compañía, por ejemplo, es decisivo. El deseo de saber es otro gran deseo. Puesto que desear es (DRAE) «aspirar con vehemencia al conocimiento, posesión o disfrute de algo», desear saber es una suerte de deseo al cuadrado. Es un deseo que me saca de mí, y que nunca caduca ni se extingue, y así pues puede conformar una viga maestra de mi existencia. Quien ama la verdad desea saber sin descanso.

68 La verdad es esencial para la convivencia. Si existe una necesidad social de verdad es porque esta funda la confianza, zócalo y vara de medir de todas las relaciones sociales. Cuando este crédito que nos otorgamos los unos a los otros se extingue, ya no hay socios, conciudadanos, amistades o familiares, sino tan sólo potenciales enemigos. La desconfianza es el vestíbulo de todas las hostilidades, la escena predilecta de los abusadores. La economía, la pareja, la familia, la empresa, la ciudadanía: todo eso depende de la confianza. La paz no es más que una derivada virtuosa de esta confianza. Y hasta quien miente o traiciona necesita basarse en la verdad para deformarla. El relativismo y la falsedad son los gusanos que están royendo por dentro la manzana de la democracia.

No hay moral ni dignidad sin verdad; esta es lo primero que nos debemos a nosotros mismos y le debemos a los demás. Queremos que nuestra vida sea digna, y eso implica que sea verdadera: que seamos honestos y que nuestra vida sea auténtica, esto es, que esté vinculada a lo real. Vivir bien exige, en mayor o menor medida, vivir comprendiendo. Hay gente –y es posible que su número esté creciendo– que sostiene que vivir con los ojos abiertos es exponerse intolerablemente a la podredumbre del mundo. Lo cierto es que quien se coloca una venda también se aparta de todo

lo que merece la pena conocer y experimentar. Esa es una manera cobarde de vivir; y, en definitiva, la valentía está en el corazón de la moral.

Amar la verdad es, finalmente, apostar por el ser. Ser, tener y parecer: en estos tres modos de la existencia estamos todos, pero es decisiva la proporción en la que estamos en cada uno de ellos. La propensión a la apariencia, el fingimiento y el postureo nos enferma en cuanto ocupa demasiado espacio en nuestras vidas. En el mundo los cirujanos plásticos realizan en torno a treinta millones de operaciones por año, de las cuales sólo una pequeña parte responde a razones terapéuticas; el número no deja de crecer en nuestro siglo. ¿Y qué propician las redes sociales en muchos casos, sino campos de batalla para los encapuchados? Necesitamos tener cosas, pero el apego excesivo, la codicia, la ansiedad por poseer, el consumismo, etcétera, son obviamente obstáculos para la vida buena. Ser es ir al encuentro de la realidad. Es estar en la esencia, mientras tener es estar en lo poseído y parecer en la imagen que se proyecta. Hay incluso algo llamado *amor fati*, de raíces griegas y emparentado con diversas vetas de sabiduría oriental, un amor al que dio una nueva voz Nietzsche; tal vez sea esta la etapa culminante del viaje de la persona lúcida: amar la realidad misma.

Todo esto que se ha expuesto tiene cuantiosas consecuencias prácticas. Todas nuestras relaciones están mediatizadas por la verdad. Hay una proporción de error y engaño que resulta tolerable, sobre todo cuando no atañe a los aspectos centrales de nuestras vidas. Pero hay una cantidad a partir de la cual las estructuras intrapersonales, interpersonales y sociales colapsan. Una persona que se miente en cuanto a lo que es o que yerra sistemáticamente sus juicios sobre sí misma es pasto, antes o después, de terribles incendios psíquicos. Nuestros amores y compañerismos no pueden sobrevivir si no abunda el oxígeno de la verdad. Y una democracia donde ya no existen las mentiras, sino los «cambios de opinión», está abocada a enfrentamientos que, si la situación no se restablece, llegarán a ser cruentos.

Es por todo lo expuesto que la actitud pretendida y pretenciosamente profunda que denominaré *Quid est veritas?* debe ponernos en guardia. Como doctor en la materia, no se me escapa la fecundidad del debate sobre la verdad, pues acaso la espina dorsal de la filosofía –en tanto que amor al saber o la sabiduría– sea precisamente esa pregunta por la verdad y sus límites. No obstante, lo que con más frecuencia se escucha y

constituye casi la marca de agua de la era posmoderna no es esa rica cuestión, llena de giros y matices, sino una apelación retórica como la de Poncio Pilatos (Jn 18, 38) que invita a lavarse las manos respecto a la verdad, abrazando sus terribles sucedáneos: el poder y la conveniencia personal.

Empecemos por esto último, esto es, por la práctica de sustituir la búsqueda de la verdad por corroborar aquello que nos conviene, algo a lo que llamamos «razonamiento motivado». Cuando tenemos motivos (sentimentales, financieros o de otra clase) que interfieren en la verdad, solemos desistir de buscarla. Son varios los sesgos cognitivos que se activan a consecuencia del interés propio. «Existen considerables evidencias» –escribía en 1990 Ziva Kunda en *The Case For Motivated Reasoning*– «de que [...] la capacidad para [preguntarse qué es cierto] se ve limitada por la capacidad para construir justificaciones aparentemente razonables para las conclusiones que nos convienen». Querer que algo sea verdad: ahí está el diablo, porque el resultado es no sólo peores decisiones, sino querer forzar a los demás a convalidar nuestros planteamientos interesados. Julia Galef, cofundadora del Center for Applied Rationality, ha llamado al antídoto «la mentalidad scout», que consiste en «la motivación de ver las cosas como son, no como te gustaría que fueran» (es decir, de ahí nos libra el *amor fati*).

72 En segundo lugar, el poder y sus violencias. Hay un aterrador –por vivo y real– diálogo en *Alicia a través del espejo*, de Lewis Carroll que habla de esto:

- La cuestión –insistió Alicia– es si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.
- La cuestión –zanjó Humpty Dumpty– es saber quién es el que manda; eso es todo.

En esto, cada vez más, estamos. Tenemos que recordar que la alternativa a la verdad, que sin ser consensuada –jamás– conlleva la disolución del disenso en lo que tiene de violento, es el poder. Ya hemos escuchado demasiadas veces en los últimos tiempos y en sede parlamentaria que lo que cuenta no es lo cierto, sino quién tiene los apoyos; y empezamos a calibrar hasta qué punto eso corroe el edificio constitucional por dentro. Estamos a tiempo de salvar de esa carcoma a nuestras democracias, pero hemos de hacerlo con diligencia y prestancia, y con la única herramienta que nos puede ayudar: el abandono del borreguil partidismo y la defensa de la verdad «díjala Agamenón o su porquero».

Para que todo lo expuesto salga bien necesitamos, tanto personalmente como en sociedad, un ánimo aventurero. No hay razón para vivir el proyecto de la lucidez como una carga, siendo, como es, una epopeya llena de hitos luminosos. Hay que enfrentarse a lo verdadero como a lo bueno, lo amoroso y lo bello: con el pecho hinchado y una sonrisa en los labios. Y con ánimo de *hobbit*, si se me permite la metáfora, esto es, con el afán terrenal –pequeñito pero matón– de la mujer y el hombre medios. No se trata tanto de conquistar Mordor como de acumular batallas menores y transitorias que acumuladas supongan una vida sumergida en lo cierto.

Dudar, estudiar y dialogar no son fardos, sino lances, oportunidades para una gloria de diario. ¿Cómo no emocionarse al acercarse al mundo a desentrañarlo, evitando las atestadas avenidas principales de la fama, la convención y el consumo para adentrarse en la intransitada selva, llena de zarzas y cañas, pero también de milagros? Este es el aspecto de la persona lúcida: brazos y piernas arañados, heridas varias, sí, pero el corazón intacto. ¿Cómo no desear empezar cuando se trata de ayudar a los demás –de luchar *con* y no *contra*

74 ellos– a acercarse a la realidad, dura y seca en ocasiones, por supuesto, pero hermosa precisamente por ser inevitable? A Wittgenstein le admiraba que el mundo fuera; no de esta o aquella manera, sino simplemente que fuera. ¿Qué esperamos para encaminar nuestro ánimo a esa disposición –*amor fati*– mediante la que el mundo y los demás dejan fundamentalmente de enfrentárenos y constituyen la materia viva que habitamos, en este venturoso espacio de tiempo que llamamos vida?

Verdades que cuentan en la comunicación¹

Gonzalo FIGAR DE LACALLE

VIVIMOS en la era de la posverdad. Vivimos en una época donde la realidad objetiva parece haber dejado de tener valor o, directamente, de existir. Los hechos objetivos han sido sustituidos por percepciones subjetivas y, en no pocos casos, por la prevalencia de las emociones sobre la razón. Ya no existe la Verdad, sino que existen verdades individuales o colectivas, aparentemente todas válidas y dignas de respeto. 75

El panorama de la comunicación no escapa a esta dinámica. Los medios, las plataformas digitales y las redes sociales han dejado de ser espacios donde prima la búsqueda de

¹ Adaptación de la conferencia pronunciada en el Congreso «Verdades que cuentan», organizado por la Fundación NEOS y CEU-CEFAS, celebrado el 4 y 5 de octubre de 2024.

76 la Verdad para convertirse en escenarios donde el impacto emocional, el sensacionalismo y la inmediatez dominan el discurso. La información se ha hiperfragmentado, y en lugar de consumirla de forma reflexiva, se absorbe rápidamente y se comparte con la misma celeridad, sin verificación ni contraste. El ciclo de noticias rápidas, efímeras y orientadas a la reacción emocional ha socavado la posibilidad de que la Verdad encuentre su espacio.

El simple hecho de que hayamos celebrado unas jornadas, y escrito unos textos, para recordarnos a nosotros mismos que la Verdad importa dice mucho sobre el estado en el que se encuentra Occidente. Hay algo profundamente desolador en que lo más básico, lo que debería ser el pilar indiscutible de nuestra sociedad, ahora necesite ser defendido a capa y espada. Estamos en un Occidente empeñado en su propio suicidio moral y cultural, lo que sin duda llevará a la muerte política y económica.

Pero ¿cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Qué fuerzas culturales, ideológicas y tecnológicas han permitido que la Verdad pierda su centralidad en la esfera pública? A lo largo de este texto, trataremos de esclarecer algunas de estas causas y de proponer soluciones que permitan recuperar la Verdad como eje de la comunicación pública.

El texto está estructurado en torno a tres ideas principales: 77

1. Diagnóstico de la crisis de la Verdad: analizaremos las grandes dinámicas sociales, culturales e ideológicas que nos han conducido a este desolador panorama en Occidente. Este análisis nos permitirá entender cómo estos elementos han despojado a la Verdad de valor como eje de una sociedad libre y cohesionada.
2. Causas específicas de esta crisis en el sector de la comunicación: más allá de las dinámicas generales, estudiaremos los factores propios del mundo de la comunicación que han contribuido a que vivamos en la llamada era de la posverdad. Este apartado se centrará en cómo la propia industria de la comunicación ha generado mecánicas que estructuralmente alimentan la desinformación.
3. Soluciones a futuro, buenas y malas: examinaremos las posibles salidas a esta crisis, destacando las medidas que consideramos adecuadas y señalando aquellas que, bajo el pretexto de combatir la desinformación, podrían derivar en censura o manipulación. Pondremos atención especial a los riesgos de otorgar a los gobiernos un control excesivo sobre la información.

Finalmente, propondremos medidas que, aunque no resuelvan el problema de raíz, contribuyan a recuperar el valor de la Verdad.

Diagnóstico de la crisis de la verdad

Hay tres grandes fenómenos que han contribuido a esta crisis de la Verdad. Los tres están entrelazados y son causa y consecuencia el uno del otro:

- Uno, de ámbito político-ideológico, que es el auge de la narrativa posmodernista y colectivista.
- Otro, de corte existencial, que es el triunfo del relativismo moral.
- Por último, uno de ámbito social, que es el triunfo de las emociones sobre los hechos.

Al hablar de posmodernismo nos referimos, principalmente, a una filosofía que considera que no existen absolutos, sino que todo es relativo o, más bien, todo es una construcción social

impuesta por el grupo dominante. Por «todo», los posmodernistas se refieren, literalmente, a todo: no hay una realidad objetiva, no hay valores objetivos, no hay una bien y mal absolutos y no hay verdad. Cualquier concepción que se tenga sobre estos temas es siempre una imposición de un grupo de poder sobre los demás, con el fin expreso de perpetuar esa jerarquía.

El posmodernismo, hoy en día, se entremezcla con el colectivismo identitario. Esta es la filosofía que considera que la unidad primaria de realidad es el grupo. Esta perspectiva niega la individualidad y relega a la persona a la pertenencia a un colectivo. Desde esta óptica, se asume que la bondad o la maldad de una persona está determinada exclusivamente por su pertenencia a un grupo particular, no por sus valores, ideas o acciones particulares.

Este enfoque posmodernista y colectivista interpreta las relaciones sociales como una lucha de poder entre grupos de oprimidos y opresores, enfrentados en términos de identidad grupal. Así, se presenta la narrativa de hombre contra mujer, rico contra pobre, heterosexual contra homosexual, entre otras categorías. Las diferencias individuales se diluyen y, en su lugar, las personas son reducidas a miembros de colectivos con intereses contrapuestos.

80 La narrativa posmodernista tiene una consecuencia lógica: el relativismo moral. Si no existen verdades absolutas, si no existen conceptos universales, ¿cómo va a existir el concepto del bien o del mal? Para los relativistas, todo depende, y el bien o el mal es algo perfectamente contextual y subjetivo. Todas las posiciones son válidas y el criterio personal es la única vara de medir. Es decir, no hay ningún estándar de conducta, ni moral basada en una realidad inexistente, por lo que toda posición o cultura merece respeto y tolerancia. Lo que es «verdadero» o «correcto» para una persona o cultura no necesariamente lo es para otra.

Esta forma de relativismo conduce, inevitablemente, al tercer fenómeno: el triunfo de las emociones sobre los hechos. En la actualidad, se observa una tendencia creciente a validar la información no por su veracidad objetiva, sino por la forma en que esta hace sentir a las personas. Hay afirmaciones que se consideran «inaceptables» no por ser falsas, sino porque pueden resultar «ofensivas». De esta forma, los sentimientos individuales se convierten en el criterio rector del discurso público, y la sociedad en su conjunto parece asumir la obligación de «validar» esos sentimientos.

Un ejemplo evidente de esta tendencia es la ley trans, que reconoce que, si una persona se *siente* mujer, entonces *es* mujer; es decir, un sentimiento personal de alguien crea una realidad, una verdad. La Verdad no existe, pues, sino que cada uno puede crear su realidad individual; y, además, todos los demás tienen el deber de aceptar nuestra Verdad particular.

En resumen, la crisis de la Verdad responde a varios factores, entre los que destacan el auge del posmodernismo colectivista, el relativismo moral y el triunfo de las emociones sobre los hechos. Estos tres fenómenos, interrelacionados entre sí, han alterado los fundamentos del debate público y del concepto mismo de realidad compartida.

Causas específicas de esta crisis en el sector de la comunicación

El sector de la comunicación, el periodismo y el ámbito de los medios de información son de una naturaleza muy particular. Las dinámicas propias de este entorno han contribuido, de forma casi inevitable e ineludible, a la consolidación de la llamada «era de la desinformación» o «era de la posverdad».

82 Si entendemos la Comunicación (con C mayúscula) como un proceso basado en la confianza, la credibilidad y la honestidad, resulta paradójico que, en la práctica de la comunicación (con c minúscula), existan causas estructurales que dificulten o incluso imposibiliten la concreción de esos principios

Ciertamente, como en cualquier otro ámbito, en el mundo de la información existen personas que mienten, actores malintencionados, intereses ocultos, agendas partidistas y fanáticos ideológicos que se niegan a ver más allá de sus propias creencias. Estos factores, al igual que en otros sectores, han contribuido de manera significativa a la erosión de la credibilidad de los medios de comunicación.

Sin embargo, en esta ocasión no nos centraremos en estos elementos, sino en las causas estructurales que han hecho que esta situación, en cierta medida, fuese predecible e inevitable. Estas causas son de cuatro tipos: tecnológicas, económicas, autoinmunes y personales.

Causas tecnológicas:

La tecnología ha supuesto una auténtica revolución para el mundo de la información, al igual que para la mayoría de los

sectores económicos. Internet, los medios digitales y las redes sociales no sólo han transformado la forma de producir, de generar la información, sino también la forma de consumirla. Estos cambios tecnológicos nos han conducido casi irremediablemente por un camino donde no prima la Verdad.

Desde el punto de vista de la producción de información, es decir, el trabajo de los medios de comunicación, la tecnología ha supuesto un cambio de paradigma. En primer lugar, porque los medios ya no tienen la exclusividad en la generación de información: las redes sociales permiten que cualquier persona, institución u organización pueda crear y difundir contenido. Esto supone la quiebra del modelo tradicional, donde los medios eran el intermediario necesario y exclusivo entre la información y el público.

Además, en el entorno digital, los medios compiten por captar la atención de los usuarios, y la atención se traduce en clics. Esta competencia por la atención impone dos exigencias: la rapidez y el sensacionalismo. La rapidez obliga a publicar antes que la competencia, lo que con frecuencia se traduce en menor tiempo para verificar la información. Por su parte, el sensacionalismo busca captar la curiosidad y la emoción del lector para conseguir más clics y, por

84 ende, más ingresos publicitarios. Es decir, que el mundo digital ha llevado a un entorno de medios donde, estructuralmente, se priman la rapidez y el sensacionalismo, no la verdad, no la precisión en la información. Los medios deben contar cosas, contarlas primero y contarlas de manera atractiva, o mueren.

Desde el punto de vista del consumo de la información, la tecnología también ha alterado las reglas del juego. En el pasado, informarse implicaba un proceso deliberado y pausado. Era algo casi ceremonial coger un periódico o sentarse a escuchar el telediario de las nueve de la noche. Se le dedicaba tiempo y atención. Era incluso algo estático, algo que se hacía quieto. Ahora no. Ahora se mira Twitter en el teléfono mientras se está en el metro yendo a algún lado. El consumo es corto, rápido, en movimiento, con menor atención y, por ello, menos opciones para discernir entre lo verdadero y lo falso.

A esta dinámica se suma un problema adicional: el exceso de información. En el pasado, acceder a la información era un desafío. Hoy el problema es el opuesto: la sobrecarga informativa. La cantidad desbordante de contenidos, la velocidad con la que se difunden y la falta de tiempo para procesarlos

sepultan la verdad bajo un aluvión de narrativas conflictivas. Ya no se trata de encontrar «la información correcta», sino de navegar entre una cantidad excesiva de relatos, opiniones y noticias que, muchas veces, se contradicen entre sí.

Causas económicas:

Durante décadas, los medios de comunicación tradicionales se sustentaron en un modelo de negocio sólido: lectores o espectadores leales y un flujo constante de ingresos publicitarios proporcionaban los recursos necesarios para mantener un periodismo independiente y de calidad.

Sin embargo, ese modelo ha colapsado. La disrupción tecnológica ha fragmentado el acceso a la información, desplazando a los lectores hacia contenidos gratuitos. Además, las grandes plataformas tecnológicas, especialmente Google y Facebook, han monopolizado el mercado publicitario. Estos gigantes digitales concentran la mayor parte de los ingresos publicitarios, mientras que los creadores de contenido, es decir, los propios medios de comunicación, reciben una fracción cada vez menor de estos recursos. Como resultado, los ingresos que antes sostenían el periodismo se han desvanecido.

86 Ante esta situación, han surgido dos fenómenos paralelos. Por un lado, han aparecido nuevos comunicadores no tradicionales, figuras que han comprendido las dinámicas del mundo digital y que, con equipos reducidos, han logrado captar la atención de millones de usuarios. Ejemplos de esta nueva generación de comunicadores de masas son Jordi Wild, Ibai Llanos, Fernando Díaz Villanueva y Jano García, quienes operan en un entorno de producción ágil, basado en las plataformas digitales.

No obstante, aunque estos nuevos actores hayan ganado influencia, su modelo de negocio también plantea interrogantes. La pregunta es: ¿pueden estos nuevos comunicadores garantizar el mismo rigor, independencia y apego a la Verdad que caracterizaba a la prensa tradicional? La respuesta no es evidente.

Por el otro lado, los medios tradicionales se han visto forzados a buscar nuevas fuentes de ingresos, lo que nos lleva a un panorama preocupante. La dependencia de los grandes anunciantes y los intereses corporativos se ha intensificado. El riesgo es evidente: cuando los ingresos dependen de esos intereses, la independencia editorial se ve comprometida. En un ambiente donde los medios se enfrentan a serios

problemas para ser rentables, la presión para evitar contenidos que puedan incomodar a los anunciantes se convierte en una amenaza directa a la búsqueda de la Verdad.

Por poner un ejemplo de muchos que existen, no resulta descabellado pensar que el Grupo Prisa va a tratar con benevolencia y va a evitar publicar noticias incómodas sobre el Banco Santander, habida cuenta de que el banco controla los créditos y las líneas de financiación que mantienen con vida al grupo.

El panorama se agrava con la creciente dependencia de los medios respecto a los intereses políticos. En España, el Gobierno nacional se ha convertido en el principal anunciante del país, con un gasto estimado de noventa millones de euros en publicidad institucional en 2023. Este monto no incluye la inversión publicitaria de las empresas públicas o controladas por el Gobierno, que sumarían otros 100 millones de euros adicionales.

¿Cómo va a haber independencia, cómo va a haber crítica y búsqueda de la verdad en un ambiente en el que los medios dependen de la limosna del político en el Gobierno? ¿Cómo va a haber interés por publicar verdades incómodas cuando la supervivencia de un medio en cuestión, y el trabajo de los periodistas de ese medio, dependen de que sus afines sigan

88 en el poder para que continúen regándoles con publicidad institucional? Desde luego, no parecen las mejores condiciones para que florezca la Verdad.

George Orwell afirmó que el periodismo consistía en «contar lo que algunos no quieren que se sepa». Hoy, la realidad parece ir en dirección contraria: los medios publican solo aquello que sus patrocinadores –sean corporaciones o gobiernos– desean que se sepa. Ver a los medios convertidos en comparsas de los gobiernos de turno no solo es triste, sino que constituye una amenaza para la salud democrática.

Causas autoinmunes:

El tercer tipo de causas que hacen que, en el sector de la información, no prime la Verdad es lo que podemos llamar las causas autoinmunes; las genera el propio sistema y se retroalimentan constantemente, como la pescadilla que se muerde la cola.

El punto de partida es una pérdida generalizada de confianza en las instituciones. Los ciudadanos ya no confían en los gobiernos, en los medios ni en prácticamente ninguna institución que antes actuaba como referencia pública. Todo

parece politizado, todo está contaminado y, desde esta perspectiva, todas las partes mienten.

Este fenómeno no se limita a un sector ideológico concreto; afecta tanto a la izquierda como a la derecha. En la izquierda, esta desconfianza se asocia a la creencia –derivada del posmodernismo– de que no existe una verdad objetiva, sino que todas las «verdades» son construcciones sociales elaboradas por los poderosos para preservar su estatus. La derecha, por su parte, ha perdido la confianza en las grandes instituciones (gobierno, academia, medios) porque percibe que durante décadas han estado controladas por una izquierda radical y militante.

En este contexto, se desencadena un efecto bola de nieve en el que ya nadie se fía de nada ni de nadie, ni siquiera de aquellas instituciones, aquellos medios o periodistas que hacen su trabajo con honestidad. Triunfa una falta de verdad generalizada, una creencia de que la verdad no existe por el simple hecho de que nadie está dispuesto a contarla.

Hay una cita de Hannah Arendt muy apropiada sobre este asunto que reza: «El resultado de una constante manipulación de hechos y de mentiras no es que las personas crean en esas mentiras, sino que ya nadie crea en nada».

90 Otra causa autoinmune, generada por el propio sistema, es el fenómeno de los públicos cautivos y las cámaras de eco. Estas parten de una premisa cierta, hundida en la psicología humana: en la mayoría de los casos, las personas buscan reafirmación, no información. Por pura humanidad, se sienten más cómodas leyendo o escuchando opiniones o informaciones que validan lo que ya piensan. Una persona corriente no se suele sentir cómoda al ser desafiada, al escuchar cosas que atacan sus creencias, por lo que tiende a buscar noticias que confirman aquello en lo que ya cree.

Este mecanismo, aunque siempre ha existido, se ha exacerbado con la aparición de los algoritmos digitales. Las plataformas de redes sociales, a través de sistemas de recomendación automatizada, aprenden de los usuarios: analizan sus preferencias, intereses e interacciones para ofrecerles contenidos que se ajusten a sus gustos. Este proceso se basa en una lógica simple: si la persona ha mostrado interés en ciertos temas o visiones, se le proporcionará más de lo mismo. En el ámbito de la información, esta lógica se traduce en la creación de cámaras de eco, donde los usuarios sólo reciben noticias que refuerzan sus creencias previas.

Los medios de comunicación, conscientes de esta doble tendencia psicológica y digital, se ven cada vez más forzados a dar a sus lectores u oyentes aquellas noticias que ellos quieren oír. El objetivo no es incomodar al público, sino retenerlo y fidelizarlo. Dan el relato que sus audiencias quieren escuchar, no el relato que sea necesariamente verdad.

Esta dinámica desemboca en tribus políticas cada vez más encerradas en su propia burbuja, recibiendo sólo insumos que confirman sus sesgos, viviendo de su propia «verdad» sin comprender como el otro campo puede opinar algo distinto. La polarización y la división aumenta irremediablemente. Cada tribu está cada vez más consumida por su propio relato, más atrapada en él, menos pendiente de los hechos reales y más interesada en mantener toda esa narrativa vital que le identifica a flote.

Este fenómeno no se limita al ámbito personal o ciudadano; se manifiesta también en el ámbito profesional y periodístico, con consecuencias preocupantes. A continuación, se presentan dos ejemplos que ilustran esta dinámica en la práctica:

- 92
1. El caso de Matt Walsh y el Washington Post: en este momento (octubre de 2024), está en las salas de cine estadounidenses un documental titulado *Am I Racist?*, producido por el periodista conservador Matt Walsh. Este documental critica el colectivismo identitario y cuestiona algunas de las premisas centrales de la izquierda identitaria contemporánea. El éxito de taquilla del documental hizo que, finalmente, los medios tradicionales no pudieran ignorarlo, lo que obligó a algunos de ellos a mencionarlo o a publicar reseñas. Sin embargo, la publicación de una crítica sobre el documental en el Washington Post provocó una reacción furibunda de su base de lectores. Los suscriptores del Post mostraron su indignación no porque la crítica fuera positiva, sino porque el medio se atreviera siquiera a mencionar la existencia de la película. Para esta audiencia, la mera mención de un contenido contrario a su ideología era inaceptable.
 2. El caso de Bari Weiss y el New York Times: El New York Times, antaño considerado la biblia del periodismo, contrató a la periodista Bari Weiss con el objetivo de atraer a perfiles diversos y fomentar una mayor pluralidad de opiniones en sus tribunas. Weiss, en cumplimiento de esta misión, tuvo la temerosa idea de publicar una tribuna del

senador republicano Tom Cotton. Lo que podría haber sido una muestra de pluralidad se convirtió en una crisis interna en la redacción del NYT. Los propios periodistas del medio se rebelaron, protestaron y se declararon en huelga, denunciando que la publicación de la tribuna de Cotton era inadmisibile. ¡La opinión de un senador electo no podía ser publicada en el NYT, a ojos de los propios periodistas, porque no encajaba con su ideología! La reacción fue tan virulenta que Weiss se vio obligada a dimitir. Tras su salida, Bari Weiss fundó *The Free Press*, un medio digital independiente que se presenta como una alternativa a los grandes conglomerados mediáticos, con la promesa de ofrecer una mayor pluralidad de opiniones.

Causas personales:

Las últimas causas de la pérdida del valor de la Verdad en el mundo de la comunicación recaen sobre nosotros, los ciudadanos. Una parte importante de la responsabilidad de esta decadencia nos corresponde directamente.

Sin ánimo de ser exhaustivo ni de adoctrinar al lector, cabe señalar que somos culpables en varios aspectos. Lo somos porque, en demasiadas ocasiones, no nos preocupamos por

94 informarnos de forma adecuada. Lo somos porque no realizamos el pequeño esfuerzo de verificar la veracidad de las noticias que consumimos. Lo somos porque, en multitud de ocasiones, al oír algo que encaja con nuestras creencias previas o que ataca al político que detestamos, lo compartimos sin más, sin detenernos a comprobar si es cierto.

También anteponemos las narrativas a los hechos. Nos resulta más cómodo abrazar un relato que confirma nuestras ideas que aceptar una realidad que las contradiga.

Además, somos responsables porque no penalizamos a quienes deberían ser los principales garantes de la Verdad. No castigamos al político que miente ni al medio que manipula, ni en las urnas ni con nuestra fidelidad como lectores. Al contrario, les seguimos votando y les seguimos leyendo, contribuyendo a perpetuar estas malas prácticas. Si no existe un coste por mentir o manipular, no hay incentivos para corregir el rumbo.

En este sentido, la responsabilidad ciudadana no puede subestimarse. La crisis de la Verdad no se resolverá sólo con cambios en los medios de comunicación o en las plataformas digitales. También se requiere un compromiso personal con

la búsqueda activa de la Verdad y con la exigencia de responsabilidad a los líderes políticos y mediáticos. Sólo así se podrá avanzar hacia una sociedad más crítica y menos vulnerable a la manipulación.

Soluciones a futuro, buenas y malas

Tras haber analizado las causas generales que explican por qué nuestras sociedades cada vez valoran menos la Verdad (el posmodernismo colectivista, el relativismo y la supremacía de la emoción) y después de estudiar los factores específicos que afectan al sector de la comunicación (causas tecnológicas, económicas, autoinmunes y personales), surge una pregunta inevitable: ¿cómo salimos de esta situación? ¿Qué se puede hacer para devolver la Verdad a su lugar central en nuestras sociedades? ¿Qué medidas permitirían restablecer la Verdad como eje fundamental de una comunicación honesta?

Quizás lo más sensato, aunque desalentador, sea reconocer que, como la mayoría de los problemas graves, probablemente no se pueda solucionar, sino solamente mitigar. Incluso tenemos que aceptar que, probablemente, las cosas

96 empeoren antes de comenzar a mejorar. Todas las dinámicas que hemos analizado siguen presentes y, además, hay que añadirle un nuevo factor, la Inteligencia Artificial (IA).

Por ejemplo, los *deepfakes* van a representar una de las mayores amenazas para la integridad de la información en el futuro próximo. Se trata de vídeos o audios generados mediante inteligencia artificial que imitan de forma casi perfecta la imagen, la voz y los gestos de una persona real. Estos contenidos son, en apariencia, indistinguibles de los reales, y van a plantear riesgos evidentes para la credibilidad de cualquier tipo de información. Si bien algunos *deepfakes* pueden identificarse por el contexto (como algunos vídeos que se han viralizado de celebridades en situaciones inofensivas), otros, usados malintencionadamente, van a ser difícilmente –o lentamente– verificables. ¿Qué ocurrirá cuando se utilicen *deepfakes* para fabricar declaraciones falsas de líderes políticos? Imaginemos la difusión masiva de un vídeo en el que, de forma convincente, se atribuyan a una figura pública afirmaciones extremas o radicales. Para cuando se logre demostrar la falsedad del contenido, el daño ya estará hecho: la desinformación se habrá extendido viralmente.

Ya no se va a saber qué es falso y qué es real. La posibilidad de contrastar declaraciones de figuras públicas con vídeos o

audios originales –una práctica común hasta ahora– dejará de ser útil, ya que esos mismos vídeos o audios podrían ser falsos. La verificación de los hechos será cada vez más lenta y costosa y, en un entorno dominado por la inmediatez, la velocidad de la mentira siempre será superior a la velocidad de la corrección.

Malas soluciones: vuelve la censura

Otra cuestión a tener en cuenta es que podemos afrontar el problema de la desinformación equivocadamente. En particular, en este caso, los remedios que se están proponiendo pueden ser peores que la enfermedad.

La solución que algunos –muchos– están planteando al problema es la censura y el control de la información. Desde hace tiempo, las plataformas digitales han comenzado a aplicar censura bajo el pretexto de luchar contra el *hate speech* o «discurso de odio». Sin embargo, definir qué es exactamente eso es algo vago y manipulable, lo que permite censurar contenidos que simplemente no se consideran políticamente correctos. Lo que inicialmente se justificó como una protección frente a contenidos ofensivos se ha convertido en una herramienta de control ideológico.

98 El mecanismo es simple: se parte de la compasión hacia los ofendidos. Se dice que ciertas expresiones deben ser eliminadas para proteger a los «grupos vulnerables», pero esta supuesta preocupación por los demás acaba convirtiéndose en una excusa para ganar poder. El resultado es que las plataformas y los gobiernos asumen el rol de árbitros de la verdad, decidiendo qué se puede decir y qué no, imponiendo una narrativa oficial.

Porque ahora no son ya las plataformas, sino los propios gobiernos los que quieren luchar contra los «discursos de odio» o contra la «desinformación» –en la neolengua orwelliana esto se traduciría por «controlar la información», claro está. Algunos gobiernos quieren crear su propio Ministerio de la Verdad, como en la novela *1984*, encargado de limitar la libertad de expresión, controlar el lenguaje, rescribir la historia y narrar sólo las cosas que el partido quiera que se narren. ¿No les resulta esto actual?

Si los políticos tienen el poder de decidir ellos mismos lo que supuestamente es verdad o lo que no lo es, ¿cuánto tardarán en usar ese poder para librarse de noticias incómodas? ¿Existe alguna duda que los políticos, cualquier político, tarde o temprano acabará llamando «verdad» a aquello que le

interesa y llamará «mentira» a todo lo que le compromete?
¿Acaso esto de controlar la información no parece la primera lección de un hipotético *Manual de dictadores*?

Esta «lucha contra la desinformación» ha ganado fuerza en los últimos años bajo la premisa de combatir la propaganda extranjera o de neutralizar los bulos difundidos por actores maliciosos. Sobre el papel, suena como algo necesario. ¿Quién no querría proteger a la población de las mentiras? Los gobiernos, de España, Estados Unidos Europa o donde sea, se arrojan entonces ellos la potestad y el deber de luchar contra estas mentiras. La ironía se escribe sola: los gobiernos, que son los mayores mentirosos y desinformadores, los mayores generadores de propaganda, son ahora los encargados de luchar contra... ¿ellos mismos?

¿Qué podemos hacer?

Si la censura no es, pues, el camino, ¿qué podemos hacer para mitigar la crisis de la Verdad en la comunicación? Aunque no hay una respuesta única ni sencilla, se pueden plantear tres líneas de acción: la sociedad, los medios y los individuos.

100 A nivel social, es imprescindible rechazar de raíz las ideas venenosas que han calado en nuestra cultura. El posmodernismo, el colectivismo, el relativismo y la preponderancia de las emociones sobre los hechos deben ser expulsados del debate público. Estas corrientes son intrínsecamente contrarias a la Verdad. No se puede construir ningún tipo de sociedad mínimamente cohesionada, libre y en paz si se normaliza la idea de que cada uno tiene «su verdad».

En el ámbito de los medios, los nuevos modelos de negocio pueden ser parte de la solución. Los sistemas de suscripción directa a periodistas o creadores de contenido ofrecen una alternativa interesante, ya que reducen la dependencia de la publicidad y la presión de las corporaciones, los gobiernos o los anunciantes. Al depender económicamente de sus suscriptores, los comunicadores se ven obligados a atender a su público, no a los intereses externos. No resuelve todos los problemas, pero sí mitiga algunos.

Otras medidas a nivel de los medios pasan por nuevos modelos de gobernanza interna, con nuevos estándares periodísticos para priorizar la transparencia y la información basada en hechos. Por ejemplo, que exista un departamento de estándares y ética que supervise que consejeros, gestores y periodistas

cumplan con estas políticas. O que aparezcan asociaciones e instituciones que ayuden a estos mismos fines, a que la prensa se autorregule. Por ejemplo, en España ha surgido una excelente iniciativa, el Observatorio de Medios, impulsado por la organización Ethosfera y la Fundación HAZ.

A nivel individual, para recuperar la Verdad debemos recuperar la responsabilidad. La responsabilidad de no contribuir a la desinformación es personal e ineludible. Cada ciudadano tiene la obligación de informarse adecuadamente y no ser un mero receptor pasivo. Esto implica un esfuerzo por contrastar fuentes, verificar la información y, sobre todo, no difundir noticias sólo porque «nos gusta» lo que dicen. No basta con culpar a los medios, a los políticos o a las plataformas; cada uno de nosotros es responsable de lo que comparte y de la información que consume. Si queremos ciudadanos libres, necesitamos ciudadanos críticos y exigentes con la Verdad.

Concluyo reproduciendo la cita completa que antes dejé a medias de Hannah Arendt:

El resultado de una constante manipulación de hechos y de mentiras no es que las personas crean en esas mentiras, sino que ya nadie crea en nada.

Un pueblo que ya no puede creer en nada no puede decidirse por nada. Se les priva no solo de su capacidad de actuar, sino también de pensar y juzgar. Y con tal pueblo, entonces, se puede hacer lo que se quiera.

Luchemos por la Verdad.

Evangelizar en tiempos sin verdades absolutas

Rod DREHER

VIVIMOS en una época en la que la gente no cree en la verdad, o al menos no cree que pueda saber realmente cuál es la verdad. Pero la verdad existe, sobre todo la verdad del Evangelio. La situación de esas personas es como la de un hombre que coge un microscopio, mira dentro de una gota de agua y ve todo tipo de vida allí, pero luego gira el microscopio hacia el cielo de noche, no ve nada y dice que las estrellas no existen. Es decir, el problema no es que la verdad no exista; el problema es que la era moderna les ha dejado sin las herramientas para detectarla. 103

Pero hay una manera de llegar a ellos a través de la evangelización.

Permítanme contarles un par de historias reales que están en mi nuevo libro, *Living In Wonder*. La primera ocurrió hace poco

104 más de un año. Tiene que ver con extraterrestres, pero les prometo que es una historia sobre la evangelización en nuestro tiempo.

«El mundo no es lo que pensamos que es». ¿Sabéis quién me dijo eso? Un abogado, católico devoto, cuyo descenso a la extraña realidad que se esconde bajo la superficie de las cosas comenzó cuando vio un OVNI sobrevolando el campo. Ese hombre, al que llamaré Nino, creía en Dios, en los ángeles, los santos, los demonios y en todo lo demás. Ya lo hacía antes de su experiencia. Pero esto se convirtió en algo muy real para él, incluso de una forma que no vio venir.

Todo empezó en 2009, cuando Nino, un adolescente, estaba conduciendo por un camino no muy lejos de su casa en la Nueva Inglaterra rural. Vio una gran nave de color piedra que flotaba silenciosamente sobre un campo. Nino se quedó mirándola un instante y siguió conduciendo. Como Nino me dijo más tarde: «Fue como si plantaran una semilla dentro de mí para más adelante». No se lo contó a nadie, porque temía que la gente se riera de él.

Pasaron los años y en 2016 Nino era un estudiante de Derecho en una gran ciudad estadounidense. Un día, estudiando en la mesa de su cocina, vio cómo la pared lisa empezaba a

arremolinarse. Me dijo que «fue como si se hubiese abierto un portal. La mejor forma de describirlo es que dos seres humanoides irrumpieron en la realidad. Estaban hechos de luz, pero eran como agua. El aire de la habitación era espeso, como si al tocarlo se formaran ondas». Los seres se comunicaron con Nino telepáticamente. Le dijeron que un pájaro estaba a punto de posarse en el alféizar de su ventana. Entonces ocurrió. Luego le dijeron que un coche iba a empezar a arder en la calle de abajo. También ocurrió. Luego desaparecieron.

Nino fue corriendo a un hospital cercano y pidió que le hicieran pruebas cerebrales y análisis de sangre. Temía que estuviese perdiendo la cabeza. Pero los médicos no encontraron nada malo.

Desde entonces, esos visitantes volvieron con regularidad. Después de casarse, su mujer también los vio, lo que fue un alivio para él, porque sabía que no estaba alucinando. Lo que le ocurre a Nino no es inusual. Muchos de los que han visto OVNIS, o han interactuado con ellos, relatan experiencias paranormales tras su paso, incluidas visitas de seres como los que se le aparecen a Nino. Algunos cristianos a los que les ha ocurrido esto afirman que, cuando pronuncian el nombre de Jesús en presencia de estos seres, desaparecen.

106 Así que le pregunté a Nino: «¿Rezaste alguna vez cuando los viste?».

«Claro», me dijo Nino. «Dos veces. Desaparecieron inmediatamente».

Le dije: «Eres católico. ¿No te sugirió eso que podrían ser demoníacos?».

Y dijo: «Sabes, nunca lo pensé de esa manera. Me imaginé que habían visto que me habían asustado y querían retirarse. Pensé que, si fueran demonios, habrían querido luchar».

Nino lleva años luchando por conciliar estas experiencias con su fe católica. Hablamos por primera vez a principios del otoño de 2023, no mucho después de que él y su esposa regresaran de un viaje a Colorado. Habían alquilado una cabaña en una zona remota. Una noche, el mismo espesor que Nino experimentó durante la aparición de los humanoides se manifestó en la cabaña, y todos los aparatos electrónicos se volvieron locos.

«No sé qué es esto», le dije, «pero creo que necesitas ver a un exorcista para hablar de esto».

Cuando volví a ver a Nino, él ya había contactado con el exorcista oficial de su diócesis, que sospechaba que el abogado podía estar oprimido por el demonio (no poseído, lo cual es raro, pero sí afligido por demonios acosadores). Hace un año, me encontré cara a cara con Nino, cuando estuve en su ciudad por negocios. Nino me dijo entonces que pronto tendría la evaluación psiquiátrica exigida por la Iglesia para proceder al exorcismo. Estaba ansioso por empezar para que se acabaran esas visitas extrañas. Para ser un hombre que lleva siete años viviendo con algo bastante aterrador, Nino me pareció inusualmente confiado, incluso optimista.

Me dijo: «Si el propósito de estos seres es abrir una brecha entre Cristo y yo, han fracasado. No sólo no me han alejado de Jesús, sino que me han acercado a él. Todo esto me ha hecho comprender que el materialismo es falso. El mundo no es lo que pensamos que es».

La semana pasada volví a Estados Unidos y vi a Nino. Le pregunté si seguía sufriendo estas visitas indeseadas. En absoluto, me dijo. Las oraciones del exorcista lo liberaron. Y le dieron una fe mucho más profunda en Cristo. Esta experiencia enseñó a Nino que el mundo de los espíritus y la guerra espiritual son reales. La vida cristiana no consiste sólo en ir

108 a misa, creer lo correcto y llevar una vida moral. No, allí hay un profundo misterio, un combate y una aventura.

Permítanme que les cuente otra historia. Hace unos años, conocí a un joven profesor de instituto llamado Stefano. Tiene poco más de treinta años y una fe radiante en Cristo. Stefano nació en Roma en una familia de ateos. De hecho, su padre era un ferviente militante del Partido Comunista. Su madre fue criada en las montañas por una madre católica, pero la hija perdió la fe cuando bajó a Roma para ir a un internado. Los padres de Stefano lo bautizaron por costumbre social, pero la única creyente y religiosa en la vida del niño era su abuela María, que bajaba de las montañas para quedarse con la familia en invierno.

Desde muy joven, Stefano experimentó cosas extrañas, como una voz interior que le dirigía, y también sueños y visiones. «Todas las noches soñaba lo mismo: una mujer oscura y malvada venía a mi cama y empezaba a golpearme con un crucifijo. Me despertaba aterrorizado y me refugiaba en la cama de mis padres o de mi hermano», recuerda.

En el instituto, Stefano se hizo famoso por su radicalismo de izquierdas y por las muchas blasfemias que decía sobre

Nuestro Señor y Nuestra Señora. Al mismo tiempo, Stefano luchaba contra una sensación de vacío interior. Llenaba esa herida con más cinismo, con placeres, e incluso, con violencia. Y entonces tres personas –una chica, un amigo argentino y un sacerdote– entraron en su vida casi al mismo tiempo. 109

La chica era una compañera de clase a la que admiraba, una fiel católica que destacaba entre las demás. Aunque se burlaba de ella por sus creencias, Stefano la acompañaba a misa sólo para estar con ella. Conoció al argentino a través de su primo, un compañero de trabajo, y descubrió que era un tipo simpático y carismático que rezaba con naturalidad y hablaba fácilmente sobre la fe. Y el sacerdote era un clérigo que conoció en el pueblo de su abuela, que le hablaba de la vida y lo exhortaba a estar atento a las señales de Dios.

En medio de todo esto estaba la extraña experiencia de cruzarse repetidamente en Roma con cierto hombre de mediana edad que miraba fijamente a Stefano. ¿Qué estaba pasando? Stefano no podía estar seguro. Intuía, de algún modo, que esto sólo se resolvería si Dios se le presentaba de forma poderosa contundente.

110 Un día, no mucho antes de Navidad, se dirigía a una estación de metro cuando pasó por delante de una iglesia y se sintió obligado a entrar. Casi temblando de miedo, se encontró con la estatua de una santa, una monja con una herida en la frente. Se trataba de una efigie de Santa Rita de Casia, una monja estigmatizada del siglo XIV, honrada en Italia como patrona de las causas imposibles, aunque esto el ateo Stefano no lo sabía. Confuso y desesperado, pidió ayuda a Santa Rita.

Aquella noche, Stefano se reunió con su primo, con quien había empezado a hablar de Dios. Estaban de camino a casa de un pariente, pero Stefano dijo que no quería ir porque allí siempre había ambiente de fiesta. Esa noche, su mente estaba en otras cosas. Él y su primo decidieron sentarse fuera, en el coche, y hablar.

Stefano dice: «Cuando salí del coche, me di cuenta de que al otro lado de la calle había un vagabundo sentado y mirándome fijamente. Su mirada era intensa y me hizo sentir incómodo. Al cabo de unos segundos le dije a mi primo que subiera. Cuando empecé a irme, el vagabundo se levantó, cruzó la calle, vino directo hacia mí y me dijo: “Hola, Stefano, por fin te he encontrado”».

Stefano se quedó helado. El vagabundo le dijo: «El Señor Jesús me ha dicho que te diga que a partir de ahora no tendrás nada que temer». Stefano se echó a llorar. Su primo, que estaba a su lado, también oyó al hombre decirle a Stefano: «A partir de hoy, vivirás para él». El misterioso desconocido continuó su discurso. «Lo sabía todo sobre mi vida», recuerda Stefano. El vagabundo le dijo al asombrado universitario que los sueños y visiones que tenía de niño no eran de Dios, y que Dios había permitido que le tentaran por un bien mayor. Stefano dijo: «El vagabundo también estaba emocionado y lloraba de felicidad por haberme encontrado. Cuando terminó su discurso, se arrodilló y empezó a rezar un Padrenuestro. Después de cada frase, añadía alabanzas a Dios por su misericordia y por haber podido cumplir su misión. No podíamos seguir su oración, era tan poderosa».

Cuando el desconocido se dio la vuelta para marcharse, Stefano le preguntó: «¿Eres un ángel?». Le sonrió, pero no contestó.

«¿Cómo te llamas, entonces?».

«Felice di Natale», dijo el desconocido. En otras palabras, Feliz Navidad. El encuentro se produjo poco antes de la

112 Natividad de aquel año. Felice di Natale bendijo al lloroso joven en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y se marchó para no volver a verlo.

«Desde aquel día, mi vida cambió», cuenta Stefano. «A la mañana siguiente, cuando me desperté, fui a la cocina y saludé con un beso a mi madre, que estaba haciendo café. Mi madre se sobresaltó y me dijo: “Estás diferente, ¿qué hiciste anoche?”. Sentí que tenía un corazón nuevo».

Esa misma mañana, un amigo que había estado rezando por él lo llamó por teléfono y le pidió a Stefano que fuera a ver su coche nuevo. Cuando llegó, su amigo dejó que Stefano se sentara en el coche, recién salido del concesionario, y se excusó para ir corriendo al banco. «Cuando abrí el cenicero, encontré una medalla con una cara conocida», recuerda. Decía: «Santa Rita, ruega por nosotros». Era la misma mujer a la que había rezado el día anterior. Y entonces levantó la vista para ver a un hombre de pie delante del coche, discutiendo con alguien que estaba detrás. En la camiseta de aquel hombre había una sola palabra: *Ángel*.

El sacerdote había aconsejado a Stefano que estuviera atento a las señales. Y aquí estaban. Dios se había presentado con fuerza y había reclamado el corazón de Stefano. «Desde

aquel día, mi vida cambió, y después de casi veinte años puedo decir que mi conversión fue un milagro, y que mi vida es Cristo», dijo. «Cambié radicalmente mi vida. Dejé la vida de pecado y abrí mi corazón a Jesús». 113

Hacía falta un milagro tan dramático para atravesar las defensas de un joven criado para ser comunista. En ese sentido, la conversión de Stefano no difirió tanto de la conversión de un joven pagano en esa misma ciudad, Roma, en el siglo I. Gracias a su testimonio, toda la familia de Stefano se convirtió al cristianismo, incluso su padre, comunista de toda la vida, que aceptó a Cristo en su lecho de muerte.

Ahora, fíjense en que les he contado dos historias de conversión, pero ninguna de ellas implica doctrina ni argumentos apoloéticos de la fe. La conversión de Stefano, y la conversión más profunda del católico Nino, se produjeron porque tuvieron experiencias de asombro radical. Muy pocas personas se acercan a Cristo porque se les hayan aparecido ángeles o demonios. Pero es característico de nuestro tiempo que muy pocas personas vengan a Cristo porque fueron convencidas de la fe por el irresistible atractivo de la lógica y la razón. De hecho, la razón, en el sentido estricto de la palabra, no es especialmente poderosa hoy. Como he dicho

114 antes, vivimos en un tiempo y en un lugar en los que la gente duda de la existencia de la verdad objetiva. Y si están de acuerdo en que existe, entonces dudan de que tengan la posibilidad de conocerla. Entonces, ¿cómo llegar a ellos para Cristo?

Primero debemos entender que la Verdad que nos salva no es una proposición, sino una persona: Jesús de Nazaret. Él es el Logos, el principio de la razón que llena toda la creación. Nuestros esfuerzos evangélicos deben consistir en presentar a las personas a Jesucristo, el Dios-hombre, que las ama y que las invita a ser amadas. La encarnación debe cambiar nuestra forma de enfocar la evangelización.

El Papa Benedicto XVI nos da la clave de la evangelización en una época sin verdad absoluta. Dijo que el arte que surge de la vida de la Iglesia, y las vidas de los santos, son la mayor apologética de nuestra fe. ¿Por qué? Porque la experiencia de la belleza radical, y de la bondad radical (es decir, la belleza moral), dan testimonio de la realidad de Dios. En otras palabras, el encuentro con la Belleza y el Bien propicia la percepción de la Verdad. El Papa Benedicto dijo que la belleza de las catedrales góticas y la música de Palestrina son «pruebas vivas de la fe». Son epifanías

que van más allá de la mera razón analítica y golpean el corazón. Benedicto dijo que es falso oponer el corazón a la cabeza, la lógica a la intuición. El Logos, dijo el Papa, es un logos que es amor, y puede expresarse también a través de la belleza y la bondad.

«Estamos luchando para expandir la razón», dijo el Papa a la audiencia, para unir el logos que el corazón reconoce con el logos que la cabeza comprende. Benedicto continuó diciendo:

El corazón y la razón se encuentran, la belleza y la verdad convergen, y cuanto más consigamos nosotros mismos vivir en la belleza de la verdad, tanto más podrá la fe volver a ser creativa también en nuestro tiempo, y expresarse en una forma convincente de arte.

¿Qué quería decir Benedicto con esto? Bueno, puedo decirlo, porque yo mismo lo viví. Cuando era adolescente, había decidido que la fe cristiana no era más que conformidad social y comodidad psicológica y, a veces, manipulación política. Era lo que creía la gente débil y tonta. Y entonces, a los 17 años, estaba entre un grupo de turistas estadounidenses que se detuvo en la catedral de Chartres. Nunca había

116 oído hablar de este lugar. Pero allí me sentí abrumado por la presencia de Dios. Nunca había visto una belleza semejante. Todas mis objeciones infantiles al cristianismo se desvanecieron en aquel momento de epifanía. Supe que Dios era real y que me quería. Salí de aquella catedral no como un cristiano reconvertido, sino como alguien que buscaba algo. Tenía que erradicar muchas cosas de mí mismo. Me aferraba a la idea de que el cristianismo debía tener un sentido lógico para que yo pudiera aceptarlo. Entonces, en la universidad, leí a Kierkegaard, el existencialista cristiano. Kierkegaard me mostró que esperar que el cristianismo fuera una prueba que tuviera sentido para los positivistas lógicos era absurdo. No funciona así.

Las verdades por las que un hombre viviría o moriría no pueden entenderse plenamente como silogismos, decía. Kierkegaard es más conocido por decir que «la verdad es subjetividad». No quiso decir que no exista la verdad objetiva. Después de todo, era cristiano. Kierkegaard quería decir que las verdades más profundas por las que vivimos –el amor de Dios, el amor que damos y recibimos de otras personas– sólo pueden conocerse como verdaderas llevándolas apasionadamente a nuestro corazón. La prueba de la verdad de Dios, o del amor de un hombre por su mujer, se encuentra en la forma en que vivimos subjetivamente.

Es así: ¿puedes expresar la verdad de la misa en Si Menor de Bach en una ecuación? ¿Cómo poner en una serie de silogismos la experiencia de Dios en las piedras y cristales de una catedral gótica? ¿Cuál es el argumento de un poema? Como no se puede reducir el arte a un silogismo, nuestra era moderna, posterior a la Ilustración, ha declarado que no se puede encontrar ninguna verdad en Bach, ni en el arte en absoluto. El arte es una mera decoración. 117

Pero nadie vive así. La gente vive todo el tiempo epifanías que la transfiguran. En mi caso, el camino hacia mi conversión de adulto comenzó con la epifanía de Chartres, que me abrió la mente a las verdades propositivas de la fe, pero me resistí durante años, porque no quería cambiar de vida. Y entonces, en 1991, cuando trabajaba como un joven periodista en Luisiana, mi editor en el periódico me envió a entrevistar a un monseñor muy mayor, Carlos Sánchez, que vivía solo en una residencia de ancianos.

Monseñor Sánchez había nacido en los últimos años del siglo XIX, en una plantación de café de Guatemala. Su familia lo envió a Estados Unidos para que estudiara. Allí perdió la fe. Pero se hizo artista y arquitecto, y se labró un buen nombre. Lo dejó todo a mitad de su vida para hacerse sacerdote. Mi

118 editor quería conocer la vida de Sánchez antes del sacerdocio, cuando se dedicaba al mundo del arte. Cuando el sacerdote abrió la puerta, vi a un hombre pequeño que parecía brillar de paz. Me invitó a entrar y comenzamos la entrevista. Cuando le pregunté por su conversión, me contó un milagro que le ocurrió en la catedral de Guatemala. Estaba visitando a su familia y se arrodilló para recibir la comunión. Aunque no creía, no quería escandalizar a sus padres. Cuando el sacerdote le tendió la Hostia, una luz brillante salió disparada de ella, y Sánchez oyó las palabras: «Siempre te he amado».

Se reconvirtió al instante. Pasaron unos años y se sintió llamado al sacerdocio. Pero no tenía sentido que un hombre de cuarenta años buscara la ordenación. Era la década de 1940, una época en la que había muchos sacerdotes en Estados Unidos. Así que Sánchez negó su intuición. Luego, en su siguiente visita a la catedral de Ciudad de Guatemala, Sánchez se arrodilló para recibir la comunión. Sucedió lo mismo que antes, pero esta vez la voz le preguntó: «¿Por qué no haces lo que te pido?».

Carlos Sánchez ingresó en el seminario. Se ordenó a los 51 años. Quería servir a los indios en la plantación de su padre, pero la guerrilla comunista puso su nombre en una lista

negra, así que su obispo le envió a Estados Unidos, a un lugar seguro. Así llegó a nuestra ciudad. 119

Mientras contaba esta historia, el anciano monseñor se sentó frente a mí llorando como si estos milagros –estos milagros que cambian la vida– hubieran ocurrido la semana pasada. Yo estaba allí sentado, con 24 años, con el poder de las lágrimas de este anciano disolviendo todas mis pretensiones intelectuales, que me impedían entregar mi vida a Cristo. Vi ante mí a un hombre que había renunciado a todo en su vida para convertirse en sacerdote y a quien el recuerdo de la llamada que Dios le había hecho más de cincuenta años antes todavía le hacía llorar. No tenía ninguna duda de que Carlos Sánchez era un testigo de la verdad. Y tampoco me cabía duda de que tenía que cambiar de vida. Empecé a instruirme en la fe y casi dos años después fui recibido en la Iglesia.

Les digo esto porque toda la verdad proposicional que más tarde afirmé como cristiano vino DESPUÉS de la maravilla. Primero vino la belleza de Chartres, luego la bondad de Monseñor Sánchez y sólo entonces fui capaz de percibir el Logos en la verdad de las proposiciones de la fe. Así tiene que pasar con nosotros hoy, cuando tratamos de evangelizar un mundo que va a la deriva en el nihilismo. Tenemos que contar historias.

120 Tenemos que crear arte. Tenemos que ser santos. Todas estas cosas dan testimonio de la Verdad de Cristo. Cualquiera puede negar los argumentos proposicionales, pero nadie puede negar lo que se siente al sobrecogerse ante la belleza o la bondad.

Para que quede claro, la intuición y el sentimiento no son guías seguras de la verdad. Los templos hindúes y las mezquitas islámicas pueden ser muy bellos, y es posible sentirse profundamente conmovido por algo falso. Por eso el Papa Benedicto dijo que debemos unir la razón y la intuición para tener una comprensión más holística de la Verdad.

La visión de Benedicto tiene hoy un poderoso aliado en un psiquiatra británico llamado Iain McGilchrist. McGilchrist escribe que la crisis civilizatoria que se ha apoderado hoy de Occidente proviene de lo mismo que nos hizo ricos y poderosos. Permitidme explicarlo.

El Dr. McGilchrist habla de la relación entre los hemisferios cerebrales y la cultura. El hemisferio derecho del cerebro es donde recibimos los datos sensoriales brutos del mundo que nos rodea. Es donde residen nuestras facultades intuitivas. El izquierdo es donde están nuestras facultades lógicas y analíticas. Según el Dr. McGilchrist, en un cerebro que funciona

correctamente, el hemisferio derecho recibe los datos brutos y los envía al hemisferio izquierdo para que los analice. A continuación, el cerebro izquierdo devuelve el análisis al derecho para que lo integre en una imagen holística de la realidad. Por eso, en la época premoderna, valorábamos la racionalidad pura –es decir, la argumentación lógica–, pero también la poesía, el arte y la religión como formas válidas de conocer la Verdad.

Pero al comienzo de la Edad Moderna, el hombre occidental tomó una decisión fatídica. Se dio cuenta de que, si valoraba la forma de ver el mundo del cerebro izquierdo, obtendría un gran poder sobre el mundo. Si el mundo fuera de nuestras cabezas eran cosas sin sentido, entonces podríamos hacer lo que quisiéramos con él. El intelectual israelí Yuval Noah Harari resumió este proceso en una frase nítida: «Cambiamos significado por poder».

Ahora, el coste de este intercambio lo estamos pagando todos nosotros, mientras intentamos encontrar el significado de las cosas en un mundo que no sólo ha perdido la fe en Dios, sino también la fe en la razón y en la verdad. El Dr. McGilchrist dice de nosotros, los pueblos occidentales perdidos y que vivimos en búsqueda, que debemos tratar de curarnos a nosotros mismos volviendo al arte, la poesía, la

122 fe, y por «fe» no se refiere a los silogismos escolásticos, sino al encuentro visceral con el Dios vivo. Se refiere a encontrar a Dios en la oración, en la adoración, en la música, en el servicio a los demás, en el amor, y en la comunión con ellos. Está hablando, en última instancia, de encontrar a Jesús, el logos divino, no como un principio, sino como una Persona.

Y es posible que descubramos que el mundo está más abierto a este tipo de evangelismo de lo que pensábamos. Hace dos años impartí una charla en la Universidad de Oxford sobre el reencantamiento cristiano del mundo. En un descanso, se me acercó un joven. Era un seminarista anglicano y me dijo que tenía un mensaje importante para mí:

— La gente de tu generación piensa que la mayor amenaza para la Iglesia es el ateísmo. Esa ha sido su experiencia. Pero no es el caso de mi generación. Para nosotros, el ateísmo está muerto. Pero también lo está el cristianismo.

— ¿Hablas en serio? –le conteste– ¿Qué lo ha sustituido?

— El ocultismo –respondió el joven seminarista.

Contó que, antes de aceptar la llamada al sacerdocio, trabajaba en una importante agencia de publicidad de Londres. Era el único cristiano de la oficina, pero no había ateos. Sus compañeros de trabajo estaban involucrados en el ocultismo en un grado u otro. Incluso había dos satanistas declarados que describían el culto al diablo como una forma de aprender a ser plenamente humanos. El joven seminarista me dijo que sabe que tendrá que tratar con el ocultismo el resto de su vida como sacerdote. ¿Por qué me lo decía? «Porque mi generación está agotada por el nihilismo y el desencanto. Queremos experimentar el misterio y lo trascendente. Pero los jóvenes adultos no creen que puedan encontrarlo en la Iglesia. Creen que el cristianismo no es más que moralismo aburrido y conformismo social». Añadió: «Los cristianos tenemos que mostrarles que hay mucho más en la fe».

Por eso cuento historias. La gente está desesperada por ver signos y prodigios. Quieren saber que Dios es real y que les llama. Están tan desesperados que abrazarán el falso y oscuro encanto de lo oculto si no les ofrecemos lo real. Y yo cuento historias sobre la fe (sobre milagros y sobre la guerra espiritual) porque incluso a las personas a las que no les importa la doctrina les encanta escucharlas y pueden llegar a convertirse gracias a ellas. Las historias despiertan

124 su imaginación, que, como nos enseñó el Papa Benedicto XVI, es condición para despertar su apetito por la Verdad.

Hoy por hoy, en nuestro mundo, las vidas de los santos y los testimonios de los mártires son una de nuestras mejores herramientas para evangelizar. Ayer estaba caminando por el Museo del Prado y rezaba en medio de tanta belleza que ilustra la fe. Me paré ante un lienzo del Bosco que representa la visita de los Magos y pensé en cómo, en el cuadro, dos ejércitos se enfrentan en un campo abierto, ignorantes del gran milagro que está ocurriendo, oculto en el interior de un humilde granero no muy lejano. ¡Esto es la vida real! ¡Esta es la verdad! El salvador del mundo está entre nosotros, oculto. Es nuestra tarea alejar a los soldados de la guerra e invitarles a venir al granero y ver a Dios mismo.

¿Cómo lo haríamos? ¿Qué les dirías a los soldados –o incluso a un simple campesino que pasara por allí– para convencerle de que viniera y se encontrara con el Señor por sí mismo? Cuéntale una historia. Háblale de los tres reyes de Oriente que ven algo en el granero que el resto de nosotros no vemos, y que dieron testimonio con sus propias vidas, a través de este largo viaje, de la verdad que allí habita. Usa tu imaginación: hay muchas historias convincentes que podrías

contar para atraer a la gente al granero, donde encontrarán el sentido de sus vidas, de hecho, el sentido de la vida misma. 125

Les dejo con esta reflexión: más tarde, cuando hayan abandonado la conferencia, alguien les preguntará qué escucharon aquí. Apuesto a que la mayoría de ustedes dirá que ese tipo americano raro vino y habló de un abogado católico visitado por demonios disfrazados de alienígenas espaciales, y de un ateo italiano convertido por la visita de un ángel que se apareció como un vagabundo. Estas historias son reales y memorables. Y pueden suscitar una conversación sobre la fe. Así es como se produce la evangelización en nuestro tiempo. Recuerda: la Verdad que salva no es un principio o una proposición, sino el Dios encarnado, Jesús de Nazaret.

Para ser sincero, cuando era más joven, estaba dispuesto a discutir todo el tiempo sobre la fe. Creo que nunca convertí a nadie. Entonces, Dios me humilló intelectualmente y tuve una terrible crisis de fe. Cuando salí, no quería discutir sobre Jesús. Me limité a contar historias. Desde entonces, no dejo de recibir noticias de personas que me dicen que leyeron alguna historia que escribí y que, en última instancia, los llevó a Cristo. No lo hizo directamente, pero los inspiró a ir a la iglesia, o a coger un libro de teología y leer, o a abrir sus

126 Biblias. Al menos una vez al mes, alguien me escribe con esta buena noticia.

Es una lección para todos nosotros.

Gracias. Y hoy, de camino a casa, si ven un avión extraño sobrevolando un campo, recen un Ave María y sigan conduciendo.

Conclusiones del Congreso «Verdades que cuentan»

Javier MARTÍNEZ-FRESNEDA

MUCHÍSIMAS gracias al CEU y a CEFAS por colaborar con nosotros y organizar este simposio sobre la Verdad. Muchísimas gracias al Colegio Mayor San Pablo por acogernos en la que, casi, podemos llamar nuestra casa. Muchísimas gracias al Grupo de Trabajo sobre Verdad de NEOS por la iniciativa de celebrar este congreso. Muchísimas gracias a todos los ponentes de enorme nivel que han desfilado por aquí, y sobre todo, muchísimas gracias a todo el público que ha venido y ha acudido a nuestra llamada durante este día y medio. A mí me toca hacer las conclusiones y trataré de extraer las pequeñas lecciones que creo que nos han dejado las intervenciones escuchadas en estos dos días. Les anticipo que mis ejemplos y referencias serán ostensiblemente peores que los que me precedieron, pero creo que es importante que todo el mundo las pueda entender.

127

128 En primer lugar, creo que es evidente y debemos ser todos conscientes de que vivimos en una época de crisis de fundamentos y uno de los fundamentos más atacados es el de la Verdad. La verdad es un pilar, un cimiento, y si dejamos que se dañen los pilares, no podemos conservar lo edificado en el pasado, y de ahí los problemas al enseñar nuestra historia como nos recordaba el profesor Vilches, ni disfrutar del presente, ni construir el futuro.

Aunque a alguno le escueza que hablemos de progreso, considero que sin la Verdad tampoco es posible un progreso real, un progreso digno de tal nombre. Como nos decía Gudrun Kugler, «la verdad es la base de Occidente porque Occidente no es una referencia geográfica, es una idea, una filosofía que aún lo mejor de Jerusalén, de Atenas y de Roma y en cuyo centro está la búsqueda y la defensa de la verdad».

Yo creo que todos hemos visto la película *Piratas del Caribe*, ya les avisé de la altura de los ejemplos que iba a poner, y en un momento determinado están especulando sobre cómo escapó el pirata Jack Sparrow de una isla donde le tenían prisionero y hay una serie de versiones contradictorias. En ese momento el pirata se pone chulo, se yergue, y dice: hay muchas versiones,

todas ellas ciertas. Por cómico que nos pueda parecer, esa es la idea que triunfa hoy, no existe la verdad, existen relatos y cada uno elige el suyo según sus sentimientos, sus preferencias ideológicas, o sus inclinaciones. Como bien nos explicó Jaime Mayor Oreja –presidente de NEOS–, «los sentimientos hoy en día son fuente de la verdad, los sentimientos legislan». Es más, ha llegado un momento en el que ese relato ha cruzado la línea de lo emocional y se hace ley o, como apuntaba Gonzalo Figar, «el estado se atreve a legislar sobre lo que es la verdad»; cuando el estado se mete a legislar la verdad, lo decía en una ponencia magistral Higinio Marín, «no está ejerciendo la verdad, lo que ejerce es poder porque el estatismo es incompatible con la verdad».

En definitiva, queridos amigos, con el sustantivo «verdad» nos pasa como con el sustantivo «democracia», si lo acompañamos de un adjetivo, es que la intención es modificar el significado original de la palabra. Así sucede cuando se habla de democracia popular, o de democracia orgánica, o de democracia asamblearia; no se habla, en realidad, de democracia. Lo mismo sucede, decía, con la verdad. Cuando escuchamos términos como la verdad oficial, o verdad histórica, o verdad democrática, no se hace referencia a la Verdad.

130 La pregunta es, ante este panorama, qué vamos a hacer nosotros. Elio Gallego, en la inauguración de este simposio, citó unas palabras del Evangelio, verdaderamente conmovedoras, en donde le preguntaban al Señor por qué no les decía a los apóstoles que modulasen el mensaje para evitarse problemas. Respondía Jesús: *si estos callan, hablarán las piedras*. Esto es cierto, la verdad prevalecerá, siempre triunfa la verdad. Pero eso no quita para que cada uno de nosotros tenga un deber individual, un deber absolutamente insoslayable de remover todos los intentos que existan de tapar la verdad.

Yo me eduqué en un colegio cercano, en cuya entrada aún se puede leer una cita bíblica: *la verdad os hará libres*. Es algo que los que estudiamos allí llevamos por bandera. Sin embargo, también es importante recordar lo que no decía esa frase. Defender la verdad nos hace libres sí, pero no es fácil, ni gratis, ni agradable, muchas veces tampoco es placentero. No obstante, defender y decir la verdad es un deber moral: hay que decirse todos y cada uno de nosotros *que por mí no quede*, frase que repite habitualmente nuestra querida María San Gil o como dice Rosa Díez «tendré que hacerlo yo para que no tengan que hacer estos sacrificios mis hijos» o como nos recordaba Miguel Henríquez Otero «combatir la

mentira siempre es urgente, porque si dejamos que se consolide, en el momento que nos pongamos a combatirla quizá ya es demasiado tarde para derrotarla». Decía también Jorge Freire que «aunque sea por mirarnos al espejo y escuchar el aplauso sordo que nos damos a nosotros mismos»; hay que defender siempre la verdad. 131

Termino con un viejo chiste. Dicen que hay dos animales que participan en la tortilla de chorizo: la gallina y el cerdo. Sin embargo, la gallina participa, pero el cerdo se compromete. Yo no les quiero llamar nada, pero necesitamos personas que se comprometan en la defensa de la verdad y en NEOS seguiremos dando esta batalla.

Contacto

CEU-CEFAS | Centro de Estudios, Formación y Análisis Social

Calle Tutor, 35 | 28008 Madrid | España

Teléfono: (+34) 91 514 05 77

cefas@ceu.es

Fundación
NEOS
Porque no todo vale

 **CEU**
Ediciones